



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

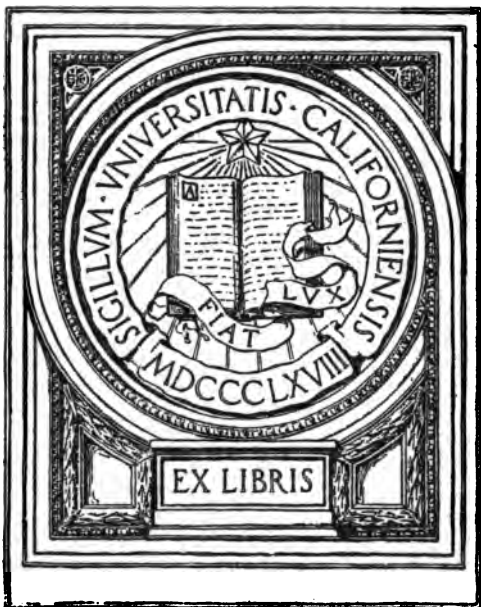
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

UC-NRLF



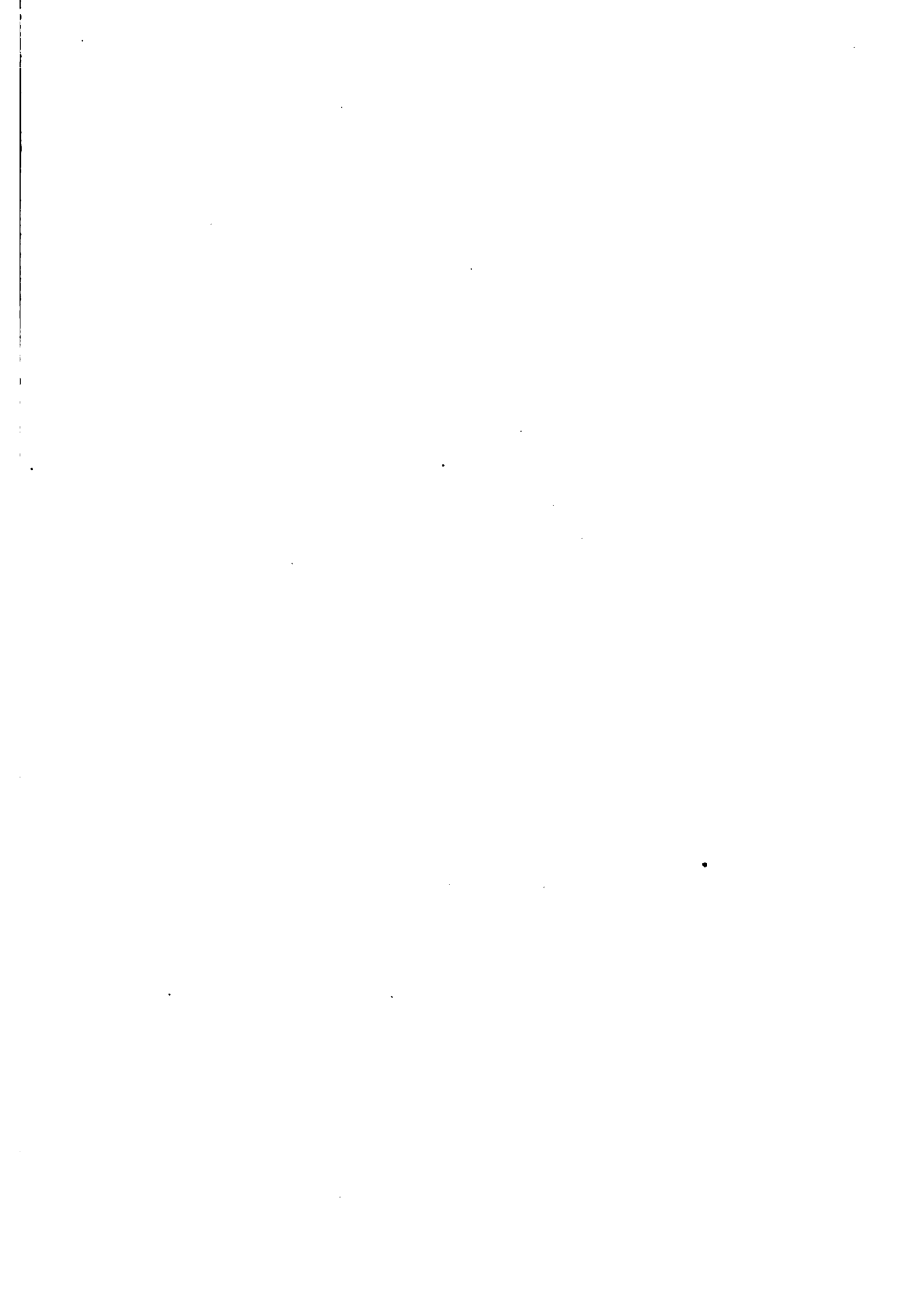
QB 304 351

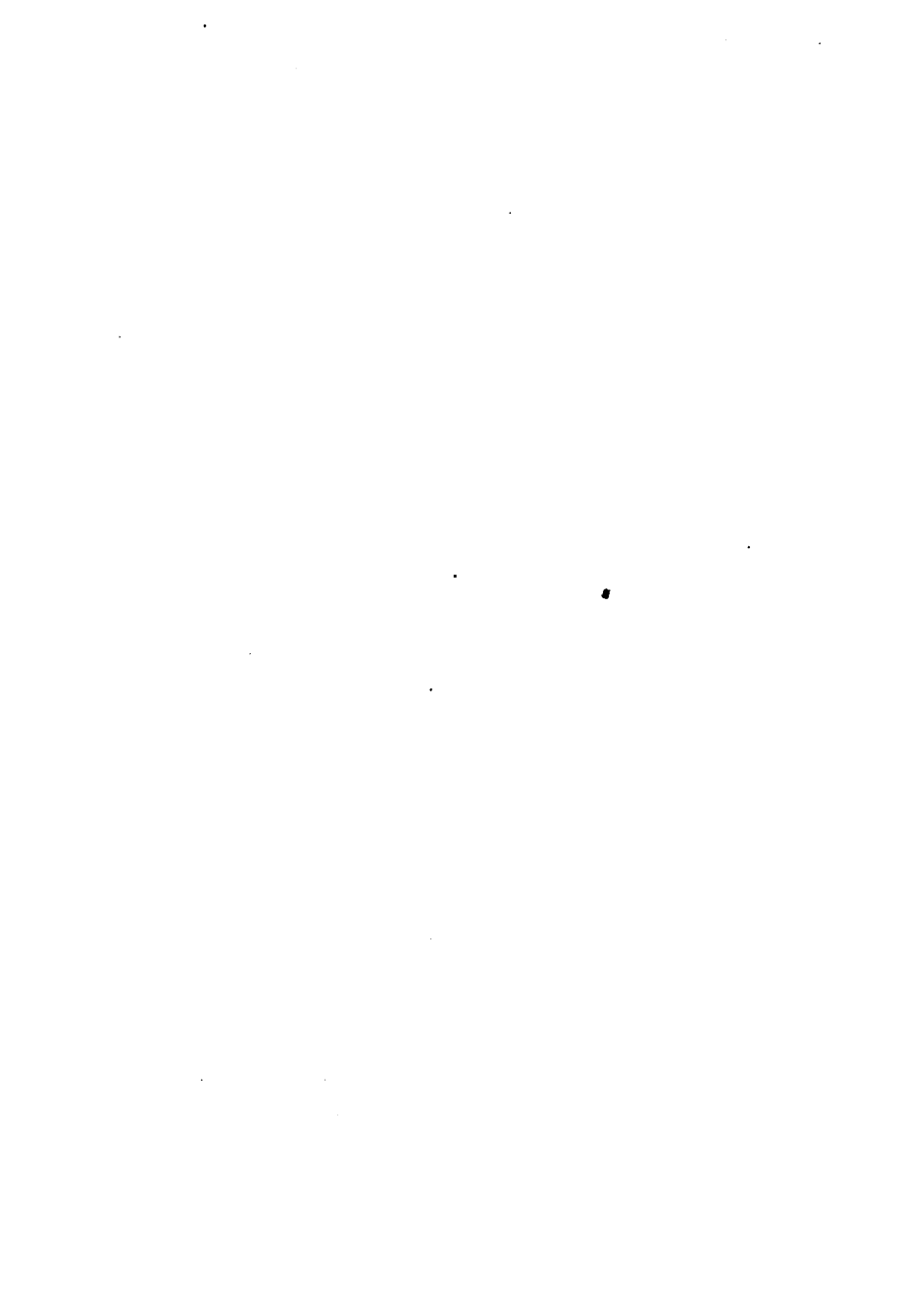
GIFT OF
J.C.CEBRIAN

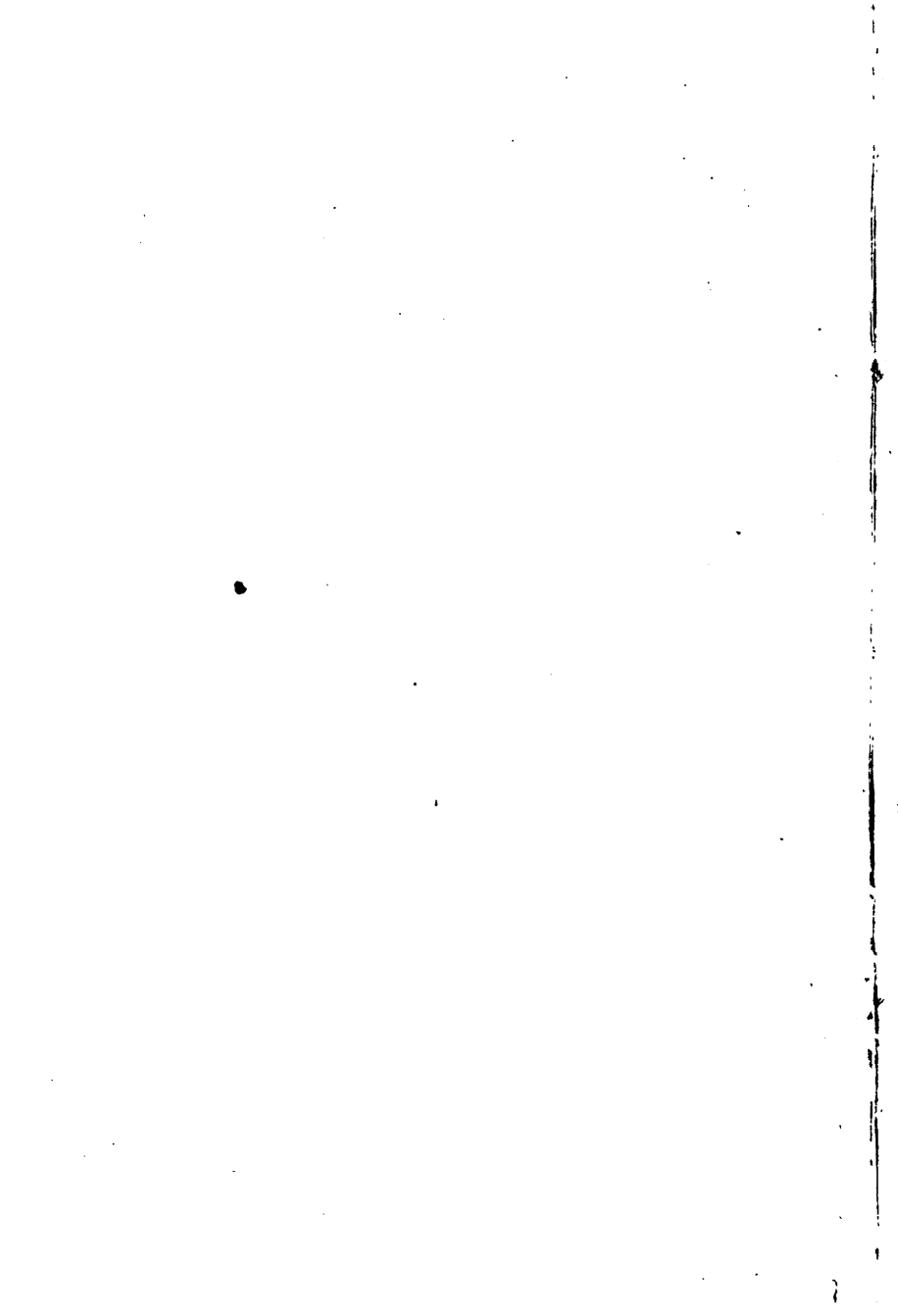


790
T 385
f





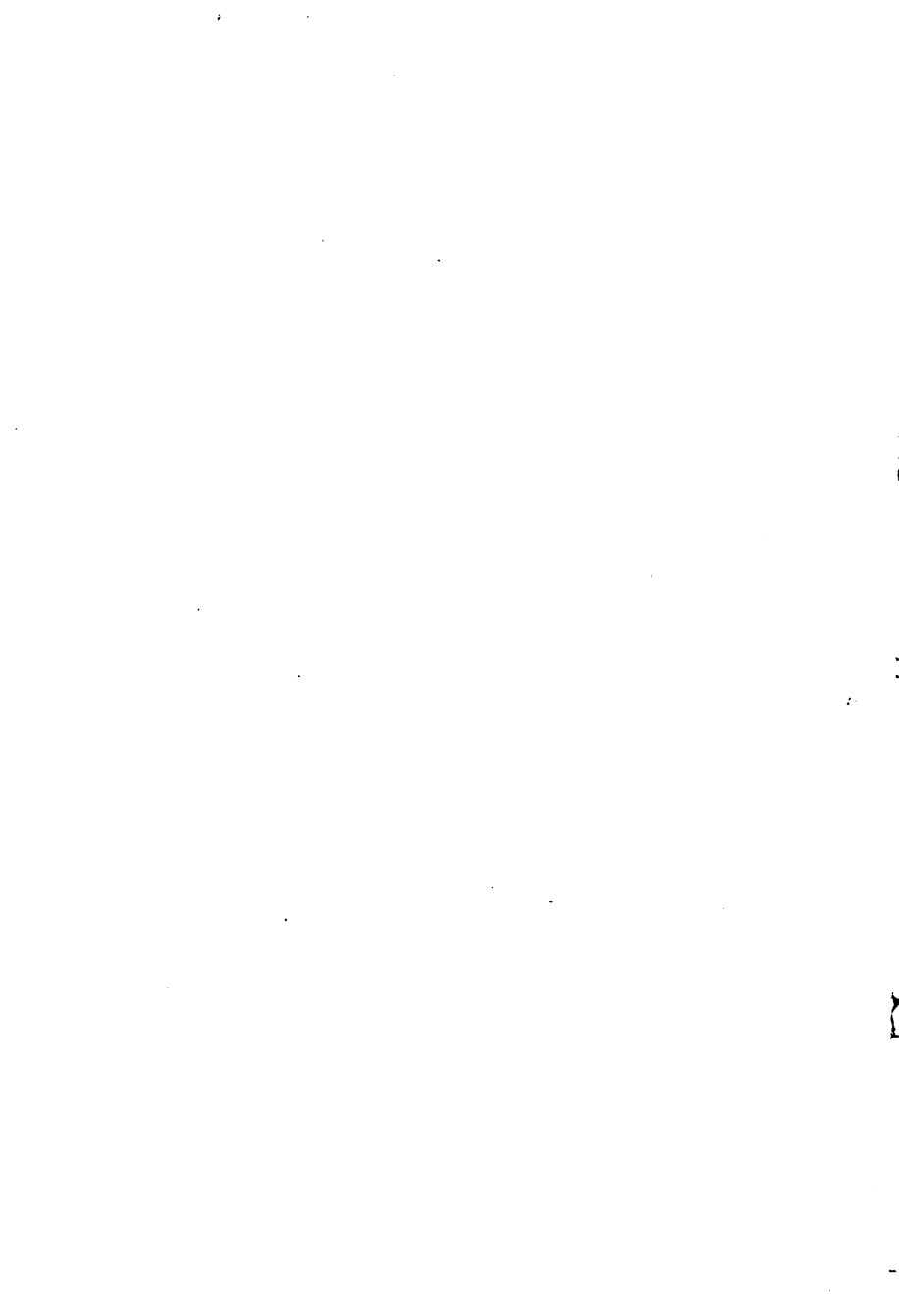




Pedro Ferrer Gibert



Art by Chakras



FLIRT

OBRAS DEL AUTOR

	<u>Ptas.</u>
BROZA. (Agotada)	2
VISIONES DE MALLORCA. (Portada de S. Ru- siñol)	2
NOCHE-BUENA. (Diálogo estrenado por Lola Bremón y F. Villagómez)	1
TARDES DEL JARDÍN. (Ilustraciones de Cáf- faro y Cuchy)	2
DE TURISMO-MALLORCA. (Portada de Eli- seo Meifren)..	2
FLIRT. (Portada de Tórtola Valencia. — Caricatura de Meifren. — Ilustraciones de A. Montenegro). Prólogo del doc- tor Aris... ..	2'50

FLIRT

POR

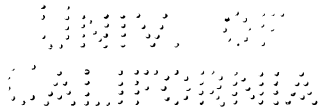
P. FERRER GIBERT

PRÓLOGO DEL DOCTOR ARÍS

CUBIERTA POR TÓRTOLA VALENCIA

CARICATURA POR E. MEIFREN

ILUSTRACIONES POR E. MONTENEGRO



BARCELONA

1916

PRESERVATION

COPY ADDED

ME 7-19-90

Es propiedad.

Coleridge

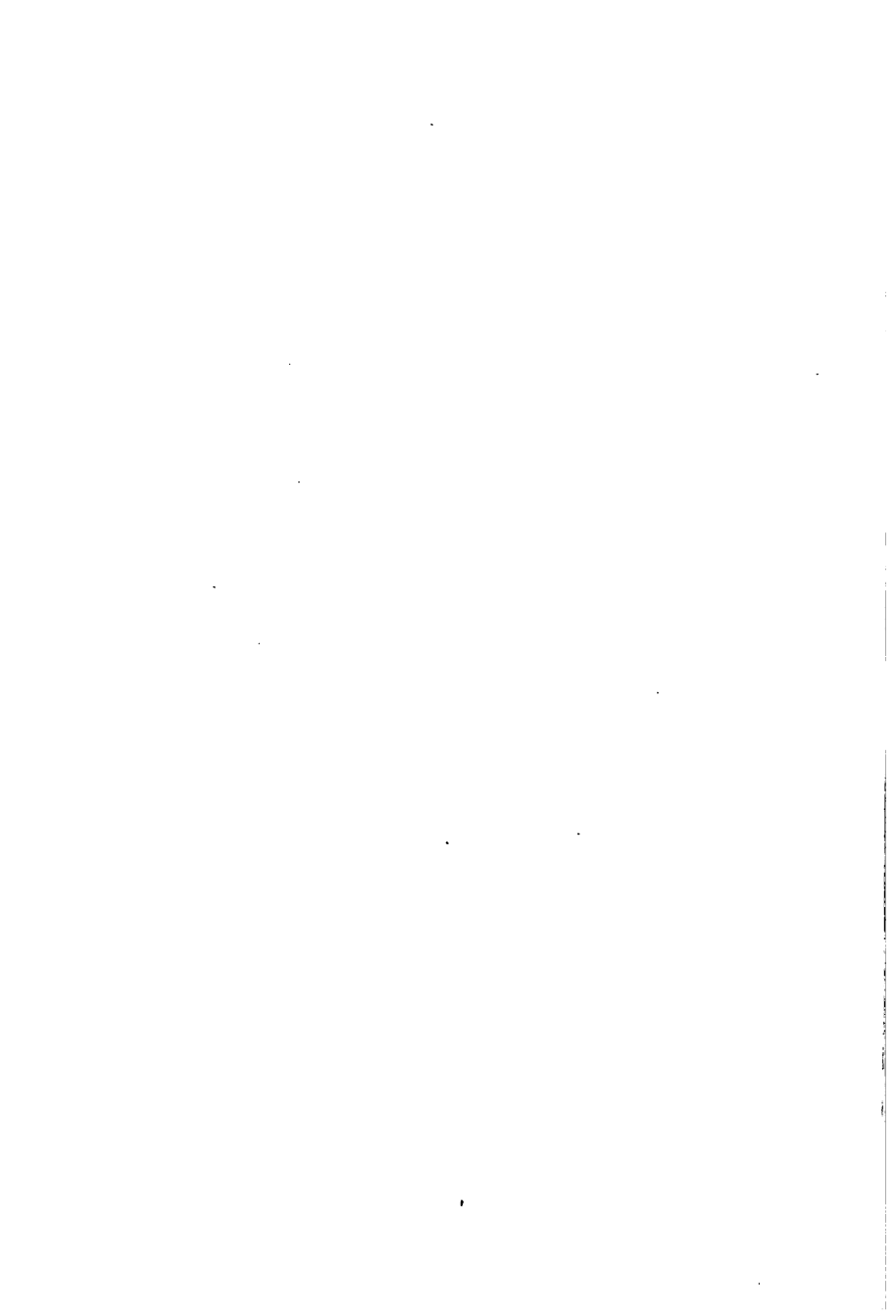
TO VIMU
LIBRARY

A

Tórtola Valencia

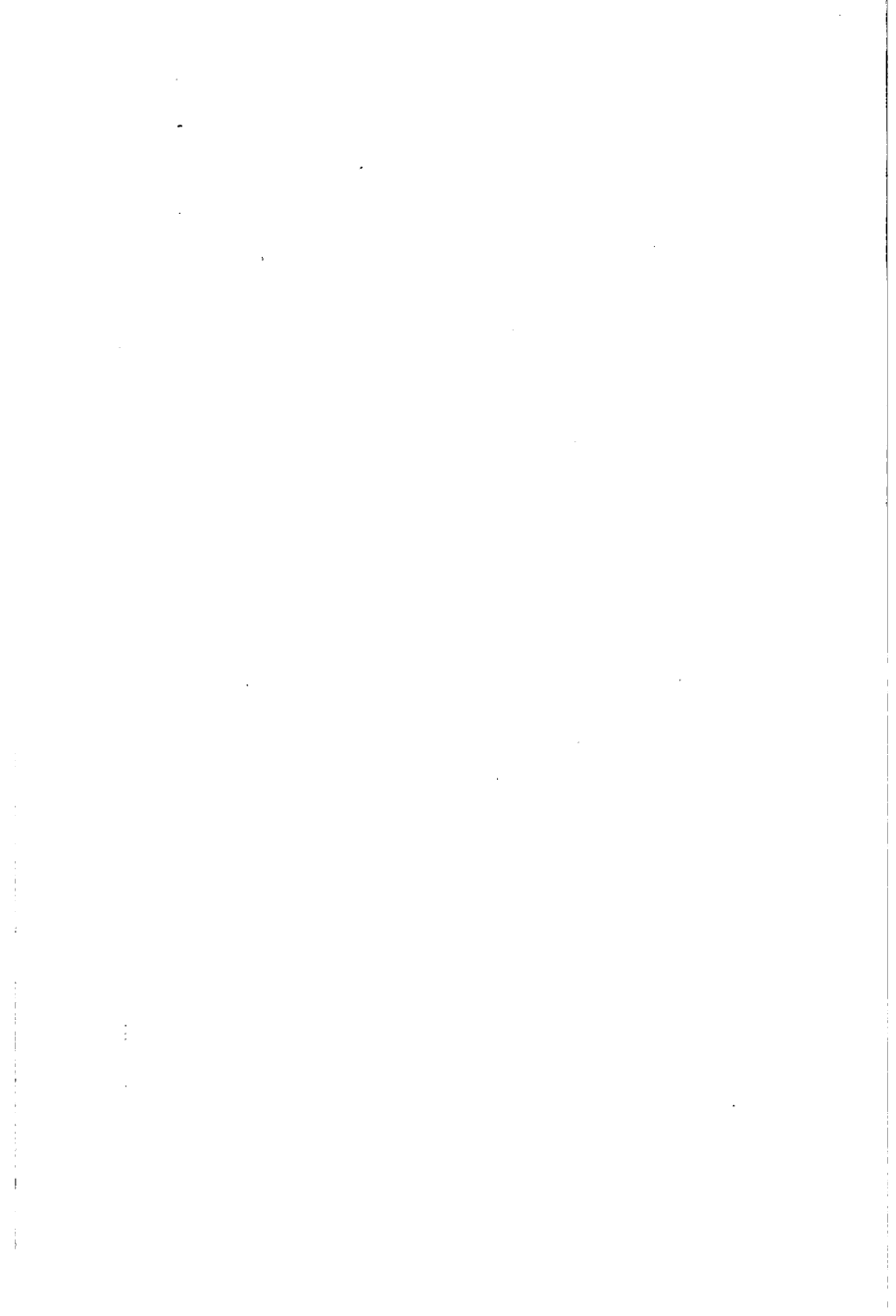
*la gentil danzarina, en gracia a la
fiesta espiritual que me brindara con
su arte de maravilla.*

PEDRO FERRER GIBERT.





CARICATURA DEL AUTOR



A MANERA DE PRÓLOGO

Profeso una viva simpatía a los que, bien intencionados, se acogen al fragante asilo del arte.

El autor de los cuentos que vas a leer es uno de ellos. Pudo con la influencia de que goza y al amparo de sus muchas amistades, participar de las prebendas que la política influyente reparte generosa. Ha trabajado y trabaja desinteresadamente para los políticos y siempre ha quedado al margen de los favores, contentándose con la palabra cordial del amigo favorecido, dejando sus amores íntegros para el periódico y para el libro.

Su labor literaria es copiosa; desde niño — estudiaba el bachillerato cuando publicó su primer trabajo — es periodista.

La Almudaina, el popular diario palmesano, ofrece con frecuencia la firma de Ferrer y Gibert a sus asiduos lectores.

De todo ha escrito : crónicas, críticas, viajes, comedias y cuentos.

De los que hoy publica en este tomo, algunos no son inéditos, gozaron sus primicias los lectores de *La Actualidad* de Barcelona; *Elegancias* y *Mundial* de París, las desaparecidas revistas que dirigía el divino Rubén.

No encontrarás, lector, en las novelitas cortas que vas a leer, ninguna estridencia, el autor respetuoso no atenta contra ningún principio de moral. Impunemente puedes dejar en manos de tus hijas, si las tienes, este tomo de cuentos que el autor, modesto como siempre, pretende rodear de algún prestigio (la frase es suya) encargando la ilustración del texto a un artista eminente como es el dibujante mejicano Montenegro, cuyo elogio hicieron ya Henri de Regnier y Alejandro Sux en *Mundial*, llamándolo con justicia orgullo de América, y como ves, lector, no necesita de mi encomio.

Tórtola Valencia, la genial danzadera amiga del autor (Ferrer y Gibert es el amigo del género humano), colabora también para el éxito del libro, presentando a tu admiración la acuarela de la portada. A tu cuenta dejo el decir si Tórtola pinta como baila.

No creo que la férvida benevolencia de mis amigos mallorquines, que han aplaudido unas comedias mías, sea título suficiente para justificar mi presencia en el atrio. Caiga sobre el autor la

responsabilidad de presentar a sus lectores como digno prologuista a un franco tirador de la literatura.

En arte no hay género grande ni chico. La belleza de las cosas no está en lo largo, ni en lo ancho, ni en lo profundo, sino en la entrañable esencia de infinito que contienen. En diminuta redoma, por misteriosa causa, cabe un Océano. Una sola metáfora puede trastornar el mundo, lanzada por la invisible vía que conduce a todos los corazones, donde guardada queda, como en el caracol marino el eco lejano del mar.

Sobre el liviano andamiaje de tamo de los catorce versos puede sostenerse un monumento. Si existe el *Ramayana*, hasta nosotros llegaron también las enseñanzas de los ingénuos y doctos cuentos del *Panchatantra* y, al lado de Homero camina Anacreonte. La Historia literaria nos ofrece estos nombres constructores de catedrales unos, de piedras preciosas los otros. Virgilio y Cátulo, Rabelais y Perrault, Cervantes y Mateo Alemán, *Las mil y una noches* y *Omar Kayam*.

Un soneto vale un poema, es el exacto dicho de Boileau. Como tempestad y como rocío se puede correr el hermoso riesgo de la inmortalidad. Cetina se desposó con ella cantando en ocho versos los claros ojos de un amor.

Adoramos a Dios por haber creado el mundo, pero también por haber fabricado la cabeza de

Platón, bella, profunda y redonda como un astro. En el estrecho límite de una sonata puso Beethoven todo el ímpetu amoroso que después Wagner, tan enamorado como él, amplia y dolorosamente canta en *Tristán*, el drama lírico más grande que han oído los siglos.

Todas estas consideraciones y esas, quizás arbitrarias, alusiones histórico-literarias obedecen a un pensamiento : encomiar al autor de este libro, donde verá el lector sus dotes de cuentista. Poco importa no verse con fuerzas para escribir una ópera, un poema o una novela, pues para satisfacer nuestra ansia de expresión en belleza, basta una sonata, un soneto o un cuento, que es el soneto de la prosa.

Tal vez sea frívolo e irreverente, en estos momentos en que han sonado las siete trompetas del Apocalipsis, ocuparse de la vaga y amena literatura, y sin embargo, es el único amparo que nos queda en estas solemnes horas, a los que aun guardamos en el corazón las claras ideas de amor, de libertad y de justicia que es santidad.

Inspirados por una repulsiva impostura, se odian y se matan los hombres. Anatema sobre el insensato que ha desencadenado la tempestad, trastornando las vidas bien acordadas y fomentando la agria disonancia de las almas.

Acongojados y doloridos esperemos el día de la paz y entonces se erguirá provocativa e im-

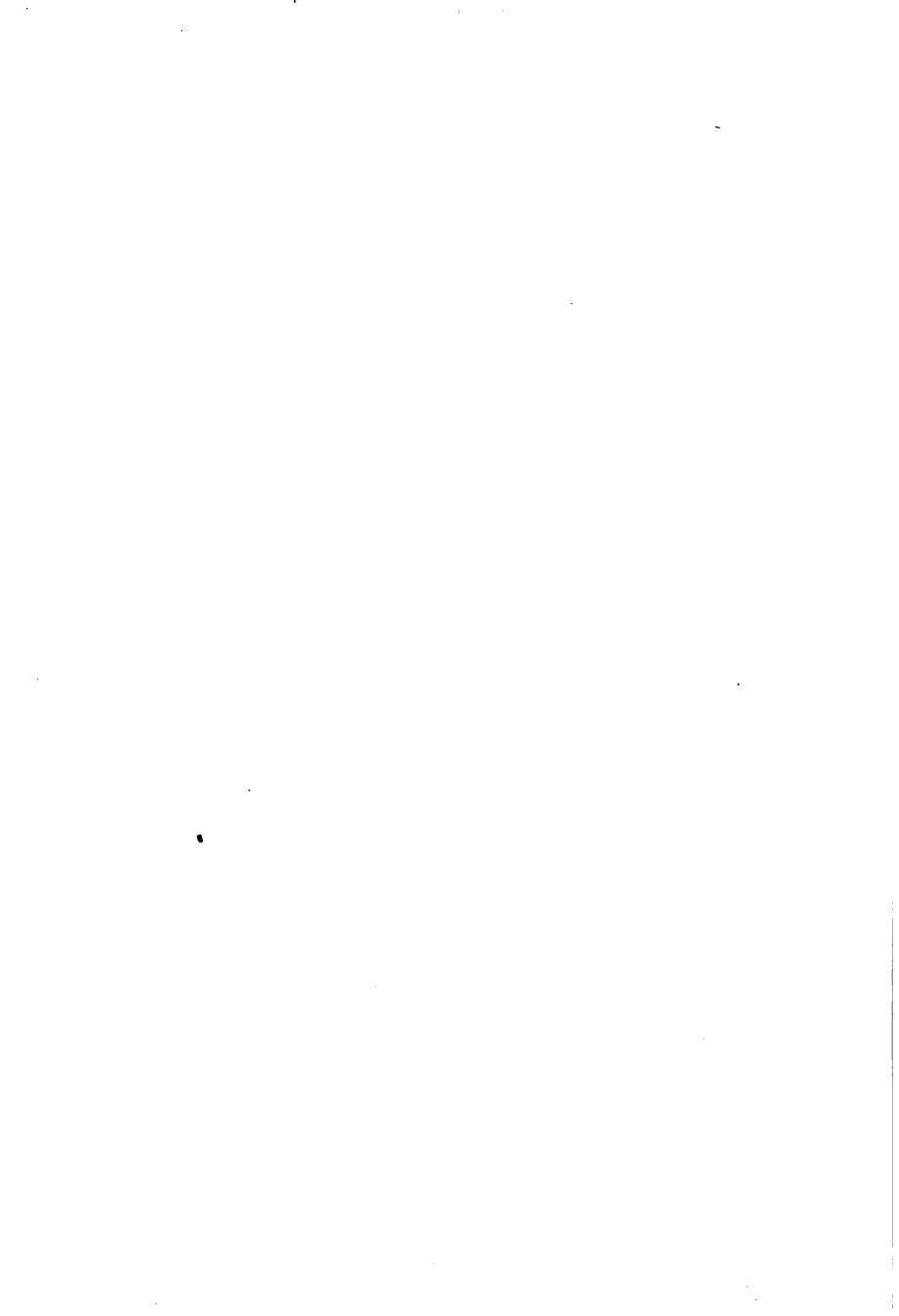
**pertinente nuestra pregunta a los exaltadores
del desaseado artilugio de las armas... ¿Y todo,
para qué?**

DOCTOR ARÍS Y GARCÍA

Palma de Mallorca, el año trágico de 1915.



FLIRT



FLIRT

I

¡Filadelfia, Pittsburg, Chicago, y el Oeste! — gritó repetidamente el conductor, mientras recorría el andén a todo lo largo del convoy.

Hallábame en Jersey City. El tren iba a partir.

Al penetrar en el coche me encontré con un viejo y una encantadora muchacha, a quienes, mientras saludaba, dirigí escrutadora mirada, pareciéndome él demasiado viejo para ser el padre, y ella excesivamente joven para ser la esposa.

El tren, una vez fuera de agujas, trocó su acompasada marcha en veloz carrera, comparable a la que en aquel punto seguía mi imaginación, excitada por la singular, extraordinaria belleza de mi compañera de viaje.

Nadie osaba interrumpir el silencio. Una instintiva hostilidad parecía repeler todo conato de

intimidades, y ello, por mi parte, no me pesaba, en cierta manera, abstraído como me hallaba en la contemplación de aquel portento de mujer.

Ella, a su vez, tampoco cesaba de mirarme, haciéndolo con el disimulo con que suele mirar toda mujer que se sabe observada por un hombre.

El viejo, aunque aparentaba leer una Guía de ferrocarriles que tenía abierta, miraba a uno y otro lado con ojillos inquisidores.

Deseoso de observar más a mis anchas aquella prodigiosa belleza, decidí entornar los párpados simulando estar dormido, y una vez cerrados los ojos, cruzaron por mi mente quiméricos ensueños, cual los de Goethe, cuando imaginaba ser un verdadero héroe, como el príncipe Pipí, quien, sentado en opíparo banquete con hermosa dama recogía en sus besos tanto placer que quería morir.

Mi excitación nerviosa me obligó a sacudir bien pronto el fingido sueño, y a trabar conversación con aquella interesante pareja; busqué pretexto preguntando:

— Caballero, ¿podría usted decirme a qué hora se llega a Altoona?

— A eso de las tres — contestó el viejo, secamente.

— Y ¿conoce usted el sitio donde se libró la batalla de Gettysburg? — insistí, — deseoso de continuar el diálogo,

— Lo conozco, — dijo el vejete irguiéndose sobre su asiento — yo estuve en esa batalla; el 63 era yo coronel, e hice toda la guerra civil de los Estados Unidos. Está junto al valle de Cumberland. Se lo enseñaré.

— ¿Van ustedes a Chicago?

— Sí; allá vamos mi hija y yo.

— ¿Esta señorita es hija de usted?

— Es mi hija política. Casó con mi hijo único, quien la conoció en un viaje que hizo a la isla de Cuba.

— Y ¿van ustedes a reunirse con su hijo?

— No. Desgraciadamente no vamos a eso...

— ¿Desgraciadamente?

— Sí señor, sí. Mi hijo murió estando en la plenitud de la vida y poseyendo una fortuna de seis millones de dollars, que ahora, sumada a la mía, pasará a manos de Toña... si ella...

La muchacha tosió fuertemente, no dejándose oír las últimas palabras que pronunció el viejo, quien tornó a sumirse en el hostil mutismo de antes.

Durante nuestra anterior conversación, pude observar que Toña se hacía la distraída, no asomando a su rostro, al traer a cuento a su difunto marido, ni un gesto sentimental, ni un ademán de tristeza. Y sin pecar de malicioso, confesaré que al ver el poco caso que hacía la muchacha al evocarle un pasado luctuoso, pensé que habría hecho un casamiento de interés;

que entre ella y su esposo no debió de existir esa íntima dualidad que convierte a dos personas en una voluntad única.

II

Atravesábamos las calles de Newark, apenas distinguidas por la gran velocidad del tren. El viejo pasó al corredor, y al quedarnos solos Toña y yo, juro que experimenté una turbación sin precedente.

Al fin, el atrevimiento pudo más que mi cordedad, y la hablé de esta manera :

— ¿ Ha estado ya alguna vez en Chicago ?

— No, señor. Antes de casarme no había salido de Cuba.

— Su marido sería muy joven, ¿ verdad ?

— A poca diferencia, debía contar la misma edad que usted.

— ¡ Qué casualidad !

— ¡ Casualidad y coincidencia extrañas ! Pues le aseguro que sería difícil encontrar otro parecido tan exacto como el de usted con mi difunto. Si yo creyera en espiritismos, al verle entrar, se me hubiera figurado era usted el espíritu de mi marido. Las contadas veces que encuentro tan idénticos parecidos, se me ocurre pensar si Dios se entretiene en crear seres duplicados.

— ¡ Peregrina ocurrencial...

Hubo una pausa, durante la cual Toña no

cesó de mirarme con aquellos sus ojos más abrasadores que el mismo sol de *su tierra*.

Al poco rato, insistí curioso :

— ¿Hace mucho tiempo que murió su marido ?

— Próximamente un año.

— La felicidad es un mito, en este bajo mundo.

— ¿Acaso es usted también viudo ?

— No, señora. Jamás me enamoré. Así como Diógenes buscaba con su linterna un hombre, busco yo una mujer... y hasta aquí...

— ¡Curioso ! ¡ Verdaderamente original !

— No le extrañe a usted. Soy un ente extravagante, que respeta y cree a pie juntillas lo que dijo aquél filósofo a quien, preguntándole qué edad era buena para casarse, contestó : « Cuando uno es mozo, es temprano, y cuando viejo, tarde ». Presté, además, entero crédito a estas frases del griego Hiponax : « Sólo dos días hay en que tu mujer te regocijará : el día de la boda y aquél en que la entierren ».

— ¡Gracioso, graciosísimo ! Y diga usted acá, ¿ si no fuera por nosotras, pobrecitas mujeres, cómo andaría el mundo ?

— El mundo hubiera sido un Edén a no existir la *pobrecita mujer* que se llamó Eva, de cuyo origen debiéramos maldecir todos los hombres.

— Quienes debiéramos maldecir de Adán, somos nosotras, pues Dios lo creó fuerte para

salvaguardia de su compañera, y ya sabe usted la poca resistencia que opuso a que la manzana fuese cogida.

— Señora, no estuvo en mi ánimo, ni por asomo, el contender con usted. Tampoco vaya usted a figurarse, por lo que dije, que soy un enemigo acérrimo del matrimonio. Si hasta aquí no me casé, ha sido porque tengo formado un concepto muy elevado sobre la mujer, y no logré encontrar, no había logrado encontrar...

— ¿Y la encontró ya?

— ¡Quizás!

— Entonces ¿qué espera usted para casarse?

— Es que hay cosas que no se deciden... así... al momento. Falta también saber *si ella aceptaría...*

— ¡¡ Quién sabe !!

No pudo decir más; el viejo penetraba en nuestro departamento.

Siguió un silencio forzado que me resultaba altamente molesto.

De pronto, ella lo rompió, expresando deseos de salir al pasillo, para así admirar el paisaje.

Me ofrecí a acompañarla y ella aceptó, a pesar del gesto de contrariedad que el viejo dejó traslucir.

Arrimados ambos al mismo cristal, contemplábamos las vivas llamas que surgían a través de las puertas de los hornos que íbamos dejando atrás, a lo largo del camino recorrido.

Ella fué quien reanudó nuestra anterior conversación, diciendo :

— ¿ Podría saberse quién es esa mujer excepcional, por la que abdica usted de arraigadas convicciones... ?

— ¿ Y es usted quién me lo pregunta ?

— ¿ Me supone acaso una adivina ?

— No pretendo que sea usted adivina. Me conformo con sólo saber que es usted *divina*, y que si fuese usted esa mujer elegida entre todas...

Una fuerte sacudida me hizo desprender de su brazo, del que me había apoderado, acompañando a esa acción brusca, una mirada llena de promesas y una significativa vuelta de cabeza, por la que me daba a entender que el viejo nos estaba observando. Fué la única respuesta que obtuve.

III

Abandonamos los tres el coche-restaurant, cuyo tembleteo nos hizo comer algo incómodos, y pasamos a nuestro departamento : en él dejamos instalado al vejete, quien pronto cabeceó, vencido tal vez por laboriosa digestión.

Toña y yo salimos al pasillo, en el punto en que pasábamos por Cresson. Media hora después llegábamos a Johnstown, y cruzaron ante nuestra vista paisajes encantadores del río Com-magh.

El tren corría a toda marcha.

Un ¡oh! de Toña me hizo fijar en unas grandes columnas de fuego, que parecían escalar el firmamento. Estábamos, sin duda, en las regiones del gas natural.

De pronto, movido por uno de esos arrebatos de pasión que nos hacen olvidar cuanto nos rodea, me acerqué a la muchacha hasta confundir casi su respiración con la mía, diciéndola en comunicativa efusión :

— ¿Qué me contestaría usted, si la dijera que la adoro ?

Ella, sorprendida ante lo inesperado de mi pregunta, quedóse perpleja; sus mejillas tiñéronse de tonos carmíneos y, bajando los ojos, musitó con voz temblorosa :

— Que yo también le adoro... pero que si me casara... Ya se lo dijo papá...; perdería su fortuna y la de su hijo. ¡Más de seis millones de dollars!...



SIGURT WANGEL

SIGURT WANGEL

Eráse la época en que los marinos noruegos se dedican a la gran Kermesse de la pesca, allá en lo más alto de Noruega, en las peligrosas riberas del Fimmark.

Y eráse una noche en que el viento Oeste hacía retirar tierra adentro hasta a los veloces e intrépidos ciclors. Imposibilitados de toda faena, nos hallábamos reunidos en corro, al calor de grande hoguera.

El silencio de las multitudes, ese silencio que aterra, dejaba oír distintamente, claramente, los bramidos del mar que, espumeante y quejumbroso, ostentaba a media milla escasa de nosotros, su monstruoso poder.

Fuertes rachas de viento arrastraban las chispas de la hoguera.

La voz humana declarábase impotente, ante la voz de los elementos.

Ni una de las misteriosas historias, autobiografías de aquellos lobos marinos; ni una de las aterradoras leyendas de los dioses terribles que pulverizan rocas y hacen encrespar las olas, salió, como otras noches, de las cien bocas, hasta que el pastor Abrahamson, dirigiéndose a un viejo marino que se halla a su vera, le dijo así: — Sigurt, hoy es a tí a quien toca hablar, tu historia tiene algo de la grandeza de la tempestad.

— ¿Lo manda el ministro del Señor? Pues, aún contra mi voluntad, obedezco. Mi padre, Herr Wangel, fué un gran criminal, contados de vosotros lo ignoran, la ciudad de Kongsvinser oyó maldecir su nombre por todos sus habitantes; haría medio año desde que Dios dispuso que el género humano aumentase en un número, cuando Herr dió muerte a mi madre.

Mi venida al mundo había sido producto de una fechoría.

Herr no estaba casado con mi madre. La fuerza vital que la pobre me comunicara, era originaria de un crimen.

Mis ojos, de pequeño, debieron ver como corría la sangre de la que me dió el sér.

Cuando empecé a tener conciencia del mundo, de nadie dependía: era libre como el pez.

La primera palabra que balbucieron mis labios fué *Fjord*, y *Fjord* me llamó la gente.

La veneración que sienten los niños por sus

padres y por las personas mayores, jamás la experimenté; para mí todo el mundo era mi igual.

Cuando llegué a la adolescencia — lo recuerdo como si fuese ahora mismo — me dedicaron a amontonar pescado en la salmuera, allá en el muelle. Muchas veces estuve tentado de sepultar al patrón bajo un montículo de pescado, e indudablemente lo hubiera hecho, a tener suficiente fuerza : una necesidad de acción me impulsaba a ello.

Una vez, bajo la influencia de uno de estos trastornos que tan amenudo sufría, arrojé al mar a un muchacho araposo que acertó a pasar por mi lado, corriendo tras un arco de barril, y gocé intensamente viendo como el pobre chillaba y manoteaba por salir; si no lo sacan, parece ahogado.

La trama de mi existencia estaba formada por frecuentes momentos en que el pensamiento dejaba libres los impulsos de la voluntad : los instintos materiales eran quienes me inducían a obrar.

Nunca pensé en el porvenir. Y ¿qué era para mí el porvenir? Una cosa negra; muy densa y muy triste, algo así como esta noche : niebla, obscuridad y huracán.

Una vez — esto era una noche de verano — acurrucado junto al armazón de un deshecho barco pesquero, miraba como el sol se sumergía

en el mar, cuando se me acercó un hombre que hacía un olor a ginebra queapestaba y sin soltar palabra, pegóme un brutal puntapié que me hizo rodar buen trecho. La sangre del crimen, la sangre que filtrara mi madre en mis venas, se agolpó toda en mi cerebro, nublando luego mis ojos. Cogí un pedazo de hierro de la desguasada embarcación y golpeé, golpeé el cuerpo de aquel hombre, hasta quedar extenuado de fatiga.

El hombre era cadáver. Mi sed de sangre estaba saciada.

Y ¡claro! ¿Qué me iban a hacer? Un borracho que maltrata de obra a un jovenzuelo, éste se defiende. ¡Nada!

Pero la fatalidad, esa fatalidad inexorable que llevó a Herr Wangel a morir ajusticiado, parecía querer llevar también a su hijo.

Junto a un soportal yacía medio echado un pobre ciego; le arrojé una moneda para que tocara su hardan-violine, pues la música me hacía mucho bien, envolviéndome en dulce somnolencia. El ciego preguntó quién era que deseaba oírle : uno de los que le rodeaban dijo, es *Fjord*... No pude contenerme; Wangel imperó de nuevo.

No tan sólo maté al que me insultara, sino que hasta creo que bebí ¡sí!, bebí la sangre caliente que saltaba burbujeante de su cabeza.

Fué en la cárcel donde pude conocer mi ori-

gen. Una hermana de mi padre, que anduvo por la misma senda, me lo refirió; a ella debo mi salvación. Desde aquel día, cuando me asaltaba la fatalidad en forma de brutal instinto, preparaba todas mis energías para combatirla. Al principio me costó gran trabajo el vencerla, pero por fin llegué a conseguirlo.

Desde el día en que llegué a dominarme, senti tal aversión, tal repugnancia por los seres que me rodeaban, que creo los hubiera matado a todos o me hubiera suicidado, si no me sacan de la cárcel.

Sigurt estaba fatigado, jadeante, no tanto por el tiempo que habló y por el esfuerzo que hiciera para vencer con su voz la voz de la tempestad, como por la impresión dolorosa que le causara el resucitar el pasado.

— Sí, amigos — dijo el pastor Abrahamson — Wangel cometió esos crímenes que acaba de referirnos, arrastrado por anomalía innata, por herencia; él, hasta cierto punto, no era responsable de sus actos, una fuerza instintiva, superior a su voluntad, le obligaba a obrar. La fatalidad, esa fatalidad que él ha mentado, no era sino las predisposiciones heredadas de su padre. ¡Dichoso él, a quien Dios ha dado poder para vencerlas! El loco hereditario, el degenerado, puede, por divina misericordia, regenerarse, dominar su instinto, vencer la fatalidad, hacerse un hombre útil a sus semejantes...

— ¡Bah, bah! cualquiera cree en la regeneración de Sigurt; siempre será carne de presidio — dijo un viejo lobo marino que al lado de aquél se calentaba.

Wangel, rojo de ira, volvióse rápido, agarró al viejo, y de un fuerte empujón lo arrojó en la hoguera, diciendo — ¿Yo, carne de presidio? ,sí ¡pero tú, ceniza vil! ¡Imbécil!



NIEVES

NIEVES (*)

En la amplia chimenea ardía en llamas azuladas, en llamas rojas y chisporroteaba quejumbrosa, al soplo del viento, la añosa encina, y era nuestro solaz seguir el movimiento ondulante de las llamas y atender al restallar continuo de los troncos.

Era la Nochebuena, fecha que evoca recuerdos de la infancia feliz, de los que destaca de manera rotunda la rememoración del árbol simbólico, del árbol de Noel, que nuestros padres bondadosos cuajaban de juguetes y golosinas, que iban a parar a nuestras manos codiciosas.

Érase la Nochebuena y ahora, como el año anterior, y el otro y el otro, se estaba preparando el árbol tradicional en el salón contiguo, de donde salía esplendente iluminación y en el que se oía femenino cuchicheo, y el ruido de pasos menuditos y frecuentes, que acusaban el atareamiento propio de tal empresa.

(*) Cuento inspirado en una leyenda alemana.

La habitación estaba incomunicada del salón-chimenea por pesado tapíz, que ocultaba a la curiosidad impertinente la ejecución de los menesteres que precedían a la presentación del árbol.

Y no estaría de más tal precaución, porque al poco rato vi asomar las rubias cabecitas de los niños, quienes con paso furtivo se dirigían a levantar una punta del tapíz para fisgonear qué era lo que se hacía con el árbol de promisión.

— ¡Niños! — les increpé — no seáis curiosos, ni atrevidos. ¿A qué habéis venido? vamos a ver. ¿Qué es lo que buscáis?

Quedáronse los pobrecillos perplejos, aturridos, sin saber qué resolución tomar, cual si sus pies se hubiesen aferrado a la alfombra.

Al cabo de un buen rato saltó el mayorcito diciendo :

— Pues, veníamos a que nos contaras un cuento, ¡pero, bonito! ¿sabes? muy bonito y que no haga llorar.

— Si es así, sentaros a mi vera y atended, que ahí va el cuento.

Había en una aldea, cuyo nombre no hace al caso, un matrimonio muy bueno, fiel cumplidor de los preceptos, de las leyes divinas y de las ordenanzas humanas; trabajador y honrado a carta cabal, caritativo cual lo permitía su posición modesta; se querían entrañablemente, pero... pero, que con todo, no eran felices. ¿Qué

cuál era el motivo de su desdicha? Pues el no haber podido conseguir un bebé como vosotros.

¡Y contad con qué fervor y con qué asiduidad se lo habían pedido a Dios, invocando su omnipotencia!

En eso llegó la Nochebuena y todas las ventanas de las chozas y cabañas de la aldea resplandecían de luz y todas las chimeneas arrojaban humo cuajado de chispas, acusando la alegría y el regocijo familiar que reinaba en su interior.

Nevaba pausadamente, copiosamente, y pronto espesa sábana de nieve cubrió el suelo, hasta llegar a la altura de los arbustos del jardín que rodeaba la morada del matrimonio sin ventura. Oyóse el rechinar de la puerta y vióse salir al marido, quien cruzó el jardín, dióse un golpe en la frente, cual si hubiese acudido en aquel momento una idea luminosa a su cerebro; refunfunó algo que debía ser expresión de alegría; frotóse las manos y penetró de un salto en la cabaña, de donde salió al poco rato arrastrando a su mujer a viva fuerza.

— ¡Pobrecita! ¡Con el frío que hacía! ¡Con tanta nieve! — expuso el mayor de los niños, — al paso que los demás hacían ¡brrr!, soplándose las manecitas y arrimándose más y más a la chimenea.

Arrastrando a su mujer — proseguí — a la que expuso la idea de pasarse la Nochebuena

levantando una estatua de nieve, que representara el cuerpo de un recién nacido. La mujer titubeó ante aquella extraña proposición, tentóse la cara, amoratada por el frío, y acabó por ir recogiendo puñados de nieve, que iba amontonando, a la vez que su marido iba tomándola a manos llenas y labrando la estatua.

Al ir a trazar la línea señalando la boca del pequeño, un soplo cálido, algo así como una bocanada de aire caliente, hirió la mano del escultor, quien la retiró con gran sorpresa; sorpresa que subió hasta la estupefacción al ver que sucesivamente iban apareciendo unos ojos vivarachos, unos labios encarnados cual las propias rosas y una airosa naricilla.

— ¿Será obra del diablo? — preguntábase el marido, mientras se signaba y persignaba una y cien veces.

— No; no lo es. ¡Es un milagro! ¡Un milagro de Dios todopoderoso, que ha querido darnos un hijo para alivio de nuestra vejez! — respondía la mujer llena de júbilo y presta a abrazar al bloque de nieve, el que se derritió al contacto de sus brazos, mientras quedaba presa entre ellos una encantadora criatura.

— ¡Oh! ¡Nievecitas! ¡Nieves querida! ¡Tú traes la felicidad a esta casa! — exclamó la vieja, penetrando en la cabaña con la niña en brazos y dando saltos de alegría.

El marido quedóse un buen rato en el jardín

frotándose la frente, restregándose los ojos, dudando si soñaba o si estaba despierto; presa de una zozobra inexplicable.

Nieves, que así plugo a la madre adoptiva llamar a la pequeña, creció y se desarrolló con una precocidad asombrosa, quedando convertida al poco tiempo en una muchacha que era la admiración de la aldea, así por sus prendas personales como por su bondad y sumisión a sus padres.

Pasó el invierno, los jóvenes marchaban gozosos al bosque para entonar sus cánticos a la diosa Primavera; pero Nieves no quiso acompañarles. Cada día se ponía más triste; se volvía más taciturna y huraña.

— ¿Qué tienes, chiquilla de mi alma? — ¿Estás enfermita? ¿Te han dado algún maleficio? preguntaba ansiosa la madre.

— No, mamita; no tengo nada — contestaba Nieves, — mas la niña se extenuaba y se volvía paliducha, demacrada.

Las últimas nieves de la sierra se habían derretido; la Naturaleza ostentaba todas sus galas. Nieves languidecía más y más.

La mayor parte del día lo pasaba echada en el rincón más umbroso del jardín, suspirando por la lluvia y por la nieve.

En eso llegó el día en que se celebraba la fiesta del lugar, la fiesta mayor, tan deseada por la gente moza.

Muchachos y muchachas fueron a invitar a Nieves para que les acompañara al bosque; su madre se opuso de momento, temerosa de que le ocurriera alguna desgracia; mas luego consintió, ante la súplica reiterada de los muchachos y deseosa al mismo tiempo de distraer a la enferma.

Las mozas, jubilosas, coronaron sus testas con guirnaldas tejidas con flores silvestres y los mozos hicieron buen acopio de ramas secas, que amontonaron en pilas.

Al tramontar el sol los picachos de la sierra, prendióse fuego a aquella pirámide de leña seca, colocándose muchachos y muchachas en hilera, preparándose a saltar por sobre las llamas. Nieves ocupaba el último puesto de la fila.

— ¡Cuidado! ¡Alerta! — dijeronla sus compañeras. — Salta después que nosotras.

Una, dos, tres... Y saltaron todas, chillando y riendo, cruzando las llamas.

De pronto se oyó un grito de muerte. Miraron atónitos a su alrededor, mozos y mozas, y no vieron a Nieves. ¿Qué había pasado? ¿Se habrá escondido? Vamos a buscarla.

La buscaron en vano por todas las lindes del bosque. Acongojados, desesperados, fueron a reunirse mozos y mozas en el cruce del camino que conducía a la aldea, de donde marcharon silenciosos y cabizbajos hacia sus casas.

— Quizás haya ido a reunirse con sus padres :

los quiere tanto, la pobrecilla, que no sabe estar separada de ellos largo rato — acertó a decir un muchacho.

— ¡Quizás! — murmuraron sus compañeros, aferrándose a esta idea, como última esperanza.

Mas no, no era así, puesto que en la aldea nadie la había visto llegar.

Se la buscó de día y de noche; al siguiente y al otro día; se la buscó en las casas contiguas al bosque; en los barrancos y precipicios; en las chozas de los pastores; entre los matorrales más espesos : ¡pero en vano!

Los pobres padres estaban desesperados, locos, pasándose día y noche por el bosque gritando : — ¡Nieves! ¡Nievecitaaaaas! Nadie contestaba a este angustioso llamamiento. La dulce voz de la niña había enmudecido. Nieves había desaparecido para siempre.

¿Y, a dónde había ido a parar?

¿Acaso las fieras del bosque la habían devorado? ¿Tal vez algún ave de rapiña la había remontado al picacho de la sierra, para comérsela?

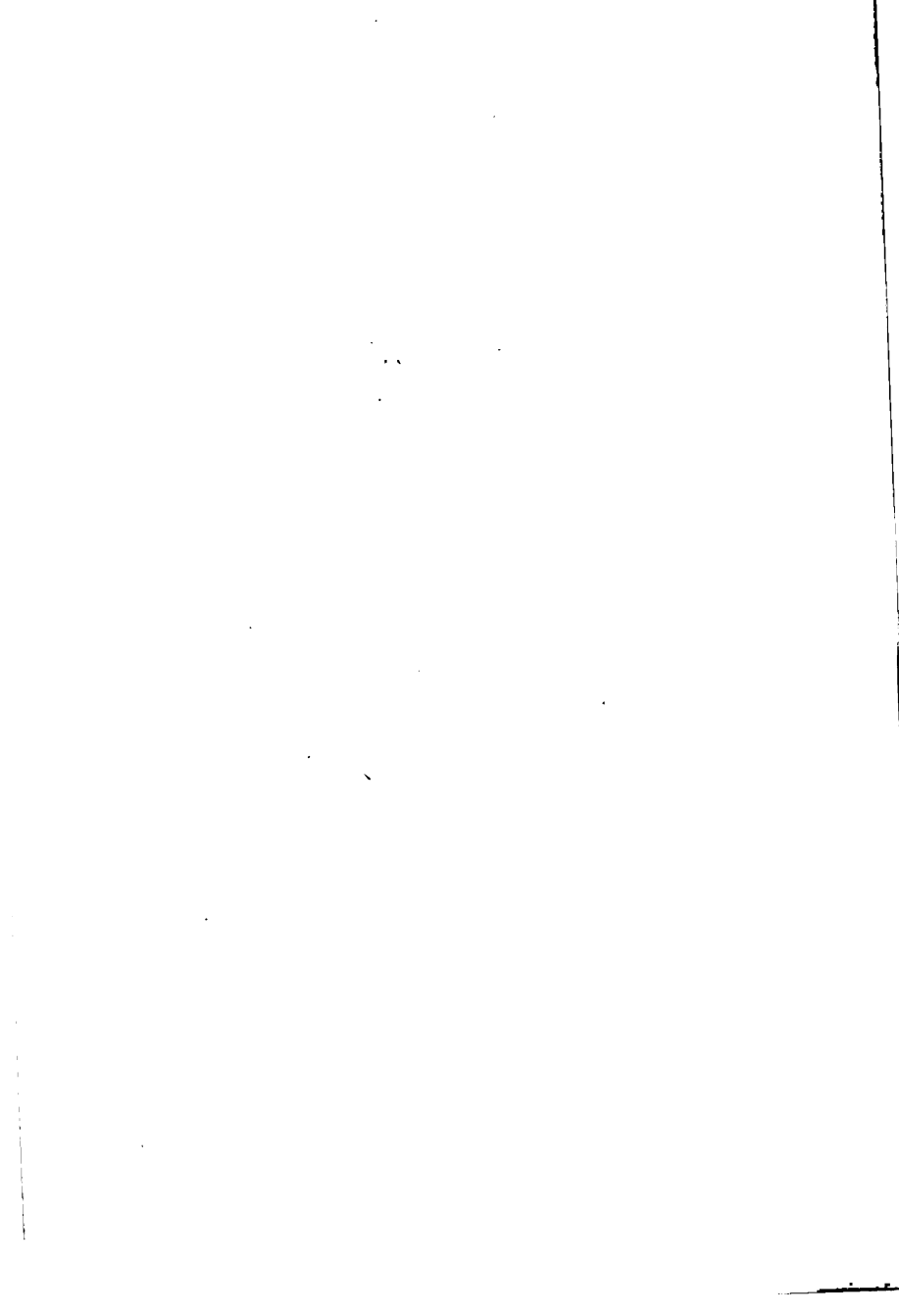
Nada de eso, hijos míos.

En el preciso momento en que Nieves saltó sobre las llamas, evaporóse, transformándose en ligera nubecilla que se elevó hasta el cielo, donde con su bondad suma, con su obediencia y cariño acendrado a sus padres, se había conquistado eterno sitio.





EL RETRATO



EL RETRATO

Pepe sintióse acometido de una terrible crisis de desesperación que le hacía retorcerse, acurrucarse en un rincón de la berlina, de aquella berlina que tantas veces había compartido con su Angelita.

¿Estará en casa de Marta, su amiga y confidente?... pensó.

Todo en vano... ¡Tampoco estaba allí!

¡Aquello era superior a sus fuerzas, a su estoicismo, en mil ocasiones demostrado!

La duda era para su corazón más dolorosa que la realidad.

Pasaron algunos días sin poner nada en claro. Pepe dejó de asistir a los teatros, a su tertulia del Casino, a los paseos, no por miedo a encontrarse con la fugitiva, sino porque la menor alusión a su deshonor hubiérale parecido más bochornosa que su propia y lógica sospecha.

Para poner un paréntesis a su horrible dolencia moral, decidió Pepe marcharse, ausentarse por algunos meses, viajar, hacer cuanto pudiera distraerle de aquella pesadilla.

Y una mañana fría, muy fría, con el último bostezo de un insomnio invencible, arrojó la colcha y saltó de la cama.

Iba a partir en el primer tren.

Vistióse coquetonamente, con una riqueza de detalles que parecía que más que a esconder su deshonra, iba a celebrar su boda. Es que trataba de ocultarse a sí mismo su situación con igual disimulo con que la ocultaba a los demás.

Y en efecto, cualquiera que le hubiese visto vestirse con tan bien simulada indiferencia, en la habitación que días antes sirviera de *boudoir* a la adúltera Angelita, le hubiera tenido por el más feliz de los mortales.

Una vez vestido, dirigió una mirada de desprecio a todo aquello que le rodeaba y que abandonaba por no sabía cuanto tiempo. ¡Para siempre, quizás!

Antes de cerrar el balcón acercóse a los cristales empañados por la lluvia, apoyó en ellos el rostro y sintió un inefable alivio al ver que árboles y cielo acompañaban su tristeza...

... Al poco tiempo oyóse el rodar de un coche y Pepe bajó rápidamente los peldaños de su escalera, entrando de un salto en la berlina.

* * *

El coche se paró. Un golfillo abrió la portezuela.

— ¿Dónde estamos?... ¿En la estación ya?...
¡Cuán pronto hemos llegado! monologó Pepe,
ante el muchacho que le tendía las manos en
demanda del maletín.

Y efectivamente, habían llegado en muy escaso tiempo.

Aguardó impaciente a que se abrieran las ventanillas del despacho de billetes.

Una vez revisado su kilométrico, salió al andén, donde la lluvia intensa y persistente filtraba por los cobertizos de cristal. Ello le hacía experimentar una sensación de frescura que obraba cual delicioso sedante.

El ir y venir de conductores y revisores, el resollar de la máquina, el traqueteo de las carrerillas cargadas de equipajes, todo este movimiento que antecede a la salida de un tren, aunque ahora atenuado por los contados viajeros que se aventuraban a partir a tales horas, anuncióle, con gran contentamiento por su parte, de que el convoy en breve se pondría en marcha.

* * *

Han transcurrido dos años. Pepe ha paseado su inquietud por las ciudades más codiciadas.

Fué a Ostende, a Viena, a París, a Trouville a Constantinopla; estuvo en Niza, en Venecia, en Roma, en Berna y no obstante, sentía una necesidad imperiosa, una ansia loca de volver a Madrid, y a Madrid tornó.

Todo lo halló de igual manera, cual si se hubiera ausentado la víspera. Sin embargo, la gente no volvía de su asombro. ¡Qué caras de conmiseración y qué consoladoras frases arrancaba a sus amigos la participación de muerte de su Angelita adorada!... ¡Aquello fué una desgracia; una horrible desgracia! Acaeció en Suiza... Un viaje al Mont-Blanc... Una corta ascensión... un bloque de hielo que se desprende y rompe la cuerda que le unía a los guías y... nada más.

No pudo encontrarse otro vestigio que su alpenstock.

— ¡Desgraciada! — ¡Tan joven! — ¡Tan bonita!, exclamaban todos, tomando por real la ridícula historia que el honor ultrajado hizo inventar al pobre Pepe.

Y mientras tanto, sin saber de ella. ¿Había labrado su nido en alguna playa levantina? ¿Se habría refugiado entre la niebla y el hielo de algún país del Norte?

Ello era que nadie, absolutamente nadie, dudó de su muerte.



La primavera mostraba el esplendor de to-

dos sus encantos. En el Palacio de Cristal del Retiro habíase inaugurado el anual certamen de pinturas, y Pepe, curioso y artista, fué a visitar las telas expuestas.

Andaba sin fijarse detenidamente en ninguno de los lienzos, mas, de pronto, al entrar en una sala reservada exclusivamente a un pintor, su vista se posó con extrañeza primero, con indignación después, en un retrato de mujer.

No bien convencido, acercóse más al lienzo y en un ángulo de acidulado color azul destacábase una firma orgullosa en vivo carmín, bajo la que se leía el nombre de una isla y una fecha.

Separóse de aquel cuadro que le atraía y fascinaba, y tumultuosa escapó de su garganta esta frase: ¡J. Herrera de Velasco — 1905 — Capri!... ¡Vamos! ¡Al fin!

Aquello fué una revelación inesperada... ¡J. Herrera!... El, el elegante pintor, el amigo, casi el pariente, era el amante.

Oyóse retumbar una estrepitosa carcajada en los ámbitos de la sala. Los ujieres miraron a Pepe entre desconfiados y burlones y acabaron por reirse con él. Unas señoras extranjeras musitaron... — ¡Será un pintor! — Unos artistas le miraron lastimeros y dijeron: — Está loco.

Y sin embargo, Pepe no era pintor ni estaba loco. Era el explorador que descubre el continente misterioso y esperado, era el alqui-

mista que de pronto resuelve la fórmula rebelde.

¡J. Herrera — Capri!, era su obsesión. El día entero vió cabrillar este nombre ante sus ojos hidrónicos.

* * *

Es en la Audiencia, entre amigos del reo y amigos del amante.

Uno. — ¡Oh! ¡A puerta cerrada!

Otro. — ¿A puerta cerrada? Eso no debe ser...

Uno. — ¡Qué lástima!

Otro. — Una estafa...; nada, que nos estafan un espectáculo...

Una. — Señores... yo casi me alegro..., verían ustedes como no tiene nada de divertido... ¡Poner a la vergüenza pública... ciertas intimidaciones...! ¿Ustedes creen que Pepe puede ser condenado?

Otro. — No señora... Yo en su caso hubiera hecho lo mismo... Y luego, el recurso de la muerte de Angelita, eso sólo demuestra que Pepe discurre como un superhombre.

Una. — ¡Qué bien tramada la historia del viaje a Suiza con la ascensión al Mont-Blanc... los guías y la cuerda que se rompe...!

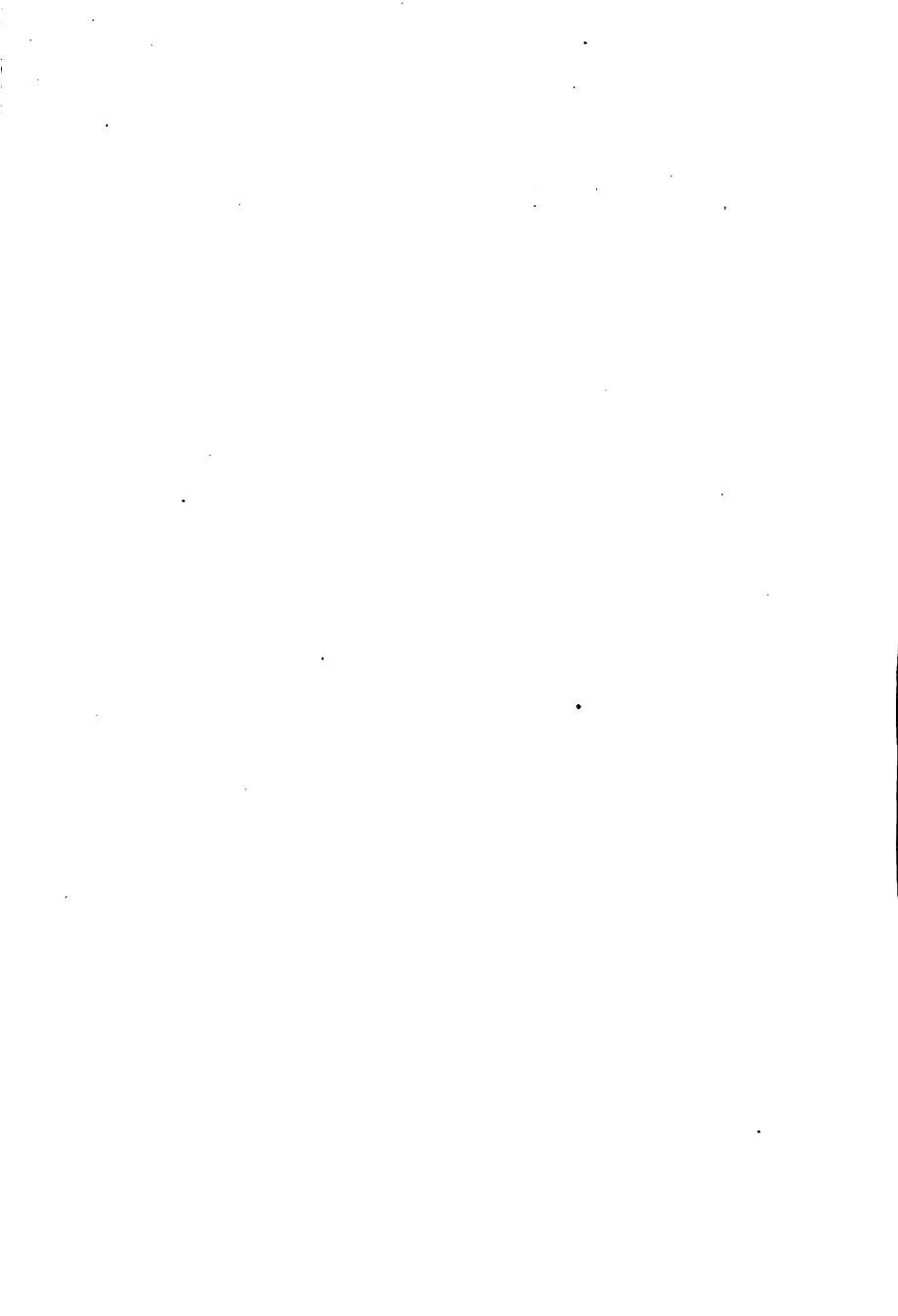
Otro. — La verdad es que esa historia es muy aprovechable para una novela sentimental... Una mujer que huye con su amante, el

marido lo presume, y sin decirle a nadie una palabra, se ausenta de Madrid. Torna después de larga ausencia, cuenta que su esposa murió, viste de luto por ella, y luego, pasado algún tiempo, en la exposición de pinturas, se encuentra con el retrato de la infiel, pintado por el amante. Después, en un teatro de los barrios extremos, descubre a la pareja, amartelada en el fondo de un palco. Espera a que termine la función, y al salir, así, a boca de jarro, sin decir palabra, les dispara dos tiros. Ella cae tendida y el amante huye herido...

Uno. — ¡Chica!... ¡Todavía hay maridos calderonianos!...

|| Si el ejemplo cunde... ||

Una. — ... Rompe, por si acaso, mi retrato.





"CAMINO DE MESA"



“CAMINO DE MESA”

¡Hola, chico!

— ¡Por fin!

— Cuéntanos de tus viajes.

— Y de tus aventuras.

Esa fué la manera como me recibieron mis camaradas de «peña», mientras acompañaban sus palabras con sendos abrazos y apretones de mano.

Cumplidas las cordiales, efusivas demostraciones, tomé asiento, pedí un té y me dispuse a complacer a mis amigos.

— Ante todo — les dije — quiero comunicaros un encuentro que tuve en Saint-Moritz; fué en el *hall* espléndidamente iluminado de uno de los más suntuosos palacios y entre renombradas elegancias y bellezas cosmopolitas, y fué durante un descanso de la orquesta y danzantes que topé al duquesito de Egea, quien llevaba del brazo a una joven más bien fea que bonita, la que resultara elegante por gracia de la modista

y la que acusaba desde luego cierto rastacuerismo, merced a lo recargada de perlas y brillantes de su *toilette*.

Intenté esquivar el encuentro, pues creí que a Egea no había de serle grato que le viera con una mujer de tal condición, él, que siempre pudo hacer alarde de privilegio entre todas las mujeres.

Mas, héte de mi asombro, al ver que el duquesito me llama y me presenta a su acompañanta como a mujer propia, como a su esposa.

Me quedé sin saber qué decirle, ni qué actitud adoptar. ¡Habrás visto mayor cinismo! y al fin y a la postre ¿para qué? ¿Qué se me daba a mí, si era su gusto apechugar con una tal doncella?

— ¡Alto ahí! alto, turista esplenético — saltó, retador, el médico militar Salustiano Perea. — Contén la lengua y no difames. Esa mujer que tú dices, esa dama, es la esposa legítima del duquesito.

A ser otro que tal afirmara, lo hubiera atribuído a ironía refinada, mas, bien sabía yo de la formalidad del mayor Perea. Dejé caer unas gotas de agua de azahar dentro el té y encendí un cigarro.

— Sí, señor, sí. Eso que digo lo saben aquí todos. ¡Pues no se habló poco de la boda de Egea! Pero lo que quizás ignoren muchos, es la historia novelesca que prologó ese matrimonio.

— La desconozco.

— Yo nada sé.

— ¡Venga esa página romántico - nupcial! —
fueron diciendo los contertulios.

Y el mayor, atosigándose el bigote, empezó el relato de esta manera :

— Hubo en Málaga un matrimonio que murió dejando dos huérfanos, un muchacho emprendedor y formalote y una niña modosita y trabajadora. El chico con sus afanes y aprovechamiento llegó a ser regente de imprenta, lo cual permitía a los hermanos cierta holgura y también que destinaran lo preciso para que la niña entrase en un colegio retribuido, famoso por su enseñanza del bordado.

Transcurrió tiempo y el chico tuvo que entrar en el servicio de las armas, y fueron tales su buen comportamiento y aplicación, que en poco tiempo ascendió sucesivamente a los grados de cabo y sargento.

Llegó en esto la campaña de Melilla; fueron requeridos mayores contingentes de tropa y entre ellos el regimiento del huérfano.

Ya podéis figuraros el desconuelo de los pobres hermanos por el desamparo en que la chica quedaba. Pero ¡qué remedio!

Durante la ausencia del sargento su hermanita vióse obligada a trabajar para fuera, y pronto sus bordados cotizáronse en comercios y bazares los más principales.

El hermano escribía indefectiblemente todos los correos, con minuciosidad de detalles, y la hermana nutría además su conocimiento de los sucesos de la campaña con la lectura asidua de periódicos.

Vino lo del Barranco del Lobo, y a esa página sangrienta y gloriosa sucedió un silencio por parte del sargento que llenó de sobresalto y de angustia a su hermana.

Entonces más que nunca creció el afán de leer diarios; de comprar revistas gráficas, con episodios de la guerra; de mezclarse en plazoletas y mercados con la multitud que comentaba el luctuoso hecho de armas; de prestar atento oído a cuanto *del moro* se relataba, y la pobre oía mezclar siempre el regimiento de su hermano como uno de los más castigados por la harka enemiga.

En eso comenzaron a llegar heridos, y la muchacha acudía al muelle para presenciar el desembarque, creyendo encontrar en cada uno de los valerosos y desgraciados servidores de la Patria, a su pobre hermano, quien no llegaba jamás.

Un día leyó que había arribado un nuevo convoy de heridos pertenecientes al regimiento donde su hermano servía, y tan pronto como supo la nueva, marchó presurosa al hospital; interrogó a porteros, a enfermeros, se asomó a todas las camas que encontró en la sala y, después de

ansioso requerimiento entre tanto cuerpo mutilado, desesperó de encontrar a su hermano y sintióse desfallecer ante el espectáculo de otra orfandad más solitaria y dolorosa; resignada a tal desgracia, agachó la cabeza y corrió por su rostro abundoso y amargo llanto.

Ante la horrible visión de las quejas desesperadas, de las miradas convulsivas, de los rostros lívidos, helados por el espanto, aguardando la muerte que había de abatir tantos sueños de gloria, tantos rasgos de heroísmo, se me figura que la infeliz imaginaba ver a su hermano caído entre los peñascos del Gurugú, del monte maldito, agonizando y tendiendo hacia ella sus brazos, mientras un moro astroso acababa con su vida de un bárbaro culatazo.

De este desconsolador ensimismamiento vino a sacarla la llegada del general, quien, acompañado de sus ayudantes y otros jefes, visitaba a los heridos. Así al general como a su séquito hubo de extrañar la presencia de aquella muchacha atontada, y hubieron de indagarla.

Sabedores de lo que la chica deseaba, dijéronla que aquella sala estaba destinada a los jefes y que los subalternos se hallaban en un departamento contiguo, al que fué acompañada por un enfermero, quien la llevó de cama en cama, hasta tanto dieron con una donde yacía un muchacho que tenía la cabeza completamente vendada y el cual estaba sumido en fuerte sopor.

La pobre se abalanzó al herido, llamándole y sacudiéndole desesperada; hasta que el doctor tuvo que arrancarla de allí, casi a viva fuerza, evitando al enfermo toda emoción, altamente perjudicial en el estado en que se encontraba.

Día por día fué la chica a ver a su hermano, quien iba mejorando notablemente desde que se le había extraído el proyectil.

Ya supondréis las horas de angustia que pasaría la pobre muchacha, quien abandonó sus bordados, dejando de atender al gran pedido que se le hacía.

Por especial permiso del capitán general fué que la huérfana pudo ir todos los días a pasar unas horas junto a la cabecera del enfermo desde que se declaró una mejoría franca, una definitiva convalecencia.

Los hermanos convinieron, en prueba de agradecimiento a la esposa del general — que fué la que intercedió para que la muchacha pudiera visitar a diario al herido — que la regalarían una labor en que la chica derrochara todo su saber y todo su ingenio, cuya labor sería un « Camino de mesa ».

Una mañana llegó la muchacha al hospital discharachera, comunicativa como nunca. Su hermano tuvo que hacerla seña de que hablara en voz baja, indicándole un herido que se hallaba dos camas más arriba.

El aludido, que parecía próximo a expirar,

miró con ojos extraviados a la muchacha, fijando en ella su vista, sin apartarla un solo momento y siguiéndola aún al salir de la sala.

Al siguiente día, mucho antes de que la chica llegara, el herido púsose a mirar de hito en hito la puerta de entrada, y al penetrar la huérfana, pareció que un verdadero éxtasis se apoderaba del infortunado.

A la chica no le pasaría inadvertido el interés de aquel hombre que parecía mirarla desde más allá de la tumba, e indagó con su hermano sobre quién era y qué opinaban los médicos de su estado, y experimentaría sin duda íntima satisfacción al oír que era un valeroso oficial y que la ciencia confiaba salvarle.

Transcurrieron los días y el huérfano iba mejorando de tal manera que en breve sería dado de alta.

La mañana señalada para la salida del hospital, llegó la muchacha alegre y decidora cual nunca, llevando un paquete en el que iba, cuidadosamente envuelta en papel de seda, su labor, el «Camino de mesa», que luego irían a entregar a la generala.

Mientras el herido contemplaba los preparativos de la marcha, revolvíase en el lecho, desesperado ante el desvío de la chica, quien poseída del egoísmo de su felicidad, no le había dirigido ni tan siquiera una mirada.

Al dar los hermanos sus primeros pasos

hacia la puerta, oyóse un grito desgarrador.

Con el esfuerzo que hiciera el herido para incorporarse, a fin de poder contemplar la última vez a la muchacha, hasta que hubiera transpuesto el dintel de la puerta, se le desprendió el vendaje, abriéndose la herida y el pobre cayó desplomado sobre la cama, envuelto en un charco de sangre.

Al grito del herido acudió presuroso el médico de guardia, quien acabó de desprenderle el vendaje, poniendo la herida al descubierto.

— ¡Pronto, aquí! ¡Pronto, algodón, hilachas! gritaba el doctor.

Y mientras los enfermeros, aturridos por los gritos del médico buscaban el algodón hidrófilo y las hilachas, la sangre manaba a borbotones de la herida.

Los hermanos retrocedieron pálidos de espanto, cambiaron una mirada de inteligencia y ella deshizo el envoltorio, partió en retazos el hilo finísimo del «Camino de mesa», y los fué ofreciendo al doctor, quien los aplicó sobre la herida.

La hemorragia pudo ser contenida.

Los huérfanos se miraron trémulos de emoción y habló luego ella de esta manera :

— No será más que retrasar por unos días la ofrenda de agradecimiento a la generala. ¡Ya verás ahora con qué gusto voy a bordar el nuevo «Camino de mesa»!

— Excuso deciros — terminó el mayor don Salustiano Perea — que el herido era el duquesito de Egea y que la caritativa muchacha era esa *parvenu* que decías haber visto pasear de su brazo por los salones de Saint-Moritz, y quienes hacían ostentación de la felicidad jamás igualada de la luna de miel.





FILOSOFÍA INFANTIL



FILOSOFÍA INFANTIL

Juan Antonio se aburría, se desesperaba en aquel hotelito emporio de lujo y confort; un día centro y atracción del buen tono y la elegancia, y hoy lugar solitario y triste.

El vacío que dejara su mujercita muerta, era irreparable.

Vivir la dicha del pasado, es triste vivir — pensaba para sus adentros Juan Antonio — y un ansia de lanzarse a la vida vertiginosa de las grandes urbes, a la vida que aturde y no deja tiempo para volver la vista atrás, absorbía su pensamiento y rendía su voluntad.

Sólo un obstáculo se oponía a que siguiera los impulsos de su deseo; sus pobrecitos hijos Encarnación y Alfonsito.

Mas, su existencia moldeada para la dicha y el placer, no tardó en señalarle camino expedito para librarse de tal obstáculo.

¡La cosa era tan fácil! ¡Con mandarles a un internado!

Pero no; no quería reducirles, cortarles el vuelo a sus pequeños. Mejor sería buscarles una institutriz, una de esas buenas muchachas educadas para ser guía de inteligencias incultas, amparo de corazones huérfanos de cuidados paternos.

Y cual había discurrido, tal obró.

Zina, una francesita intachable, quedóse al cuidado de los niños y Juan Antonio pudo emprender ruta hacia París, confiado y tranquilo.

* * *

En el periódico rodar del planeta, llegó el 24 de Diciembre, fecha en que la infantil leyenda señala el paso del papá Noel por la tierra, y Zina, atenta especialmente en todo aquello que hablaba al corazón de los pequeñuelos con voces de ternura y de contento, quiso festejar solemnemente el legendario misterio.

Así Encarna y Alfonsito tuvieron un despertar alegre, gozoso, al hallarse los zapatitos colocados la víspera junto a la chimenea, rebosando juguetes y golosinas que el buen papá Noel les destinara en el reparto hecho entre aquellos niños quienes durante el año fueron buenos y aplicados.

¡Había que ver la satisfacción de los pequeñuelos al andar de sorpresa en sorpresa, al paso que vaciaban los zapatos!

¡Cuánta linda muñeca! ¡Cuánto soldado vistoso! ¡Qué de casitas con sus ajuares! ¡Qué de trompetas y de autos!

¡Aquello era un encanto!

¡Cuán bueno había sido el buen papá Noel!

Y sin duda todo aquello fué arrojado por la cañería de la chimenea; no podía ser de otra manera.

— ¿Verdad, *mademoiselle*? — indagó, curiosa, Encarnita.

— ¡Claro que sí! Por la chimenea — repuso la institutriz.

— Y, dígame — interrogó Alfonsito — ¿cómo es posible que pasando por la tubería ennegrecida y humosa, nada se haya ensuciado? ¿Cómo puede ser que todo esté tan limpio, tan flamante, cual si saliera de la tienda?

— El papá Noel baja a la tierra poseído del milagroso, sobrenatural poder que le confiere el Niño-Dios en conmemoración a que vino al mundo tal día como hoy, y por esto nada es negado a su emisario, quien cruza los tejados llenos de nieve sin resbalar y arroja los presentes por la tubería de las chimeneas, sin que aquellos se ensucien.

— ¡Admirable! ¡Portentoso! ¿verdad Alfonsito? — exclamó la niña, convencida ante la explicación de la institutriz.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bonito! ¡Admirable! — musitó el niño, mientras registraba uno por uno

los juguetes — ¡Portentoso! Ese auto, esos soldaditos, esas muñecas, esas casitas, son idénticos, igualitos, igualitos a los que escogimos anoche en el bazar y no quisieron venderlos.

— ¡Claro! ¿No ves, tontín, que estaban reservados para papá Noel?

— ¿Para papá Noel?... ¡Sí, sí!

— Para papá Noel — interpuso Zina, queriendo cortar un diálogo que se deslizaba por una pendiente peligrosa.

— Para ese papá Noel que es todopoderoso, a imagen del Niño-Dios y realiza por ello maravillas que no están al alcance de las inteligencias infantiles, que Vdes. no comprenden, no pueden comprender ahora...

— Explíquenos, *mademoiselle*, esas maravillas — manifestó Encarna.

— No, no. Mejor será que nos explique Vd. por qué los soldaditos, las muñecas, los autos, las casitas y las trompetas no poseen el poder sobrenatural de trasladarse por sí solos y pasar a nuestras manos en tal noche milagrosa como la de hoy — expuso Alfonsito.

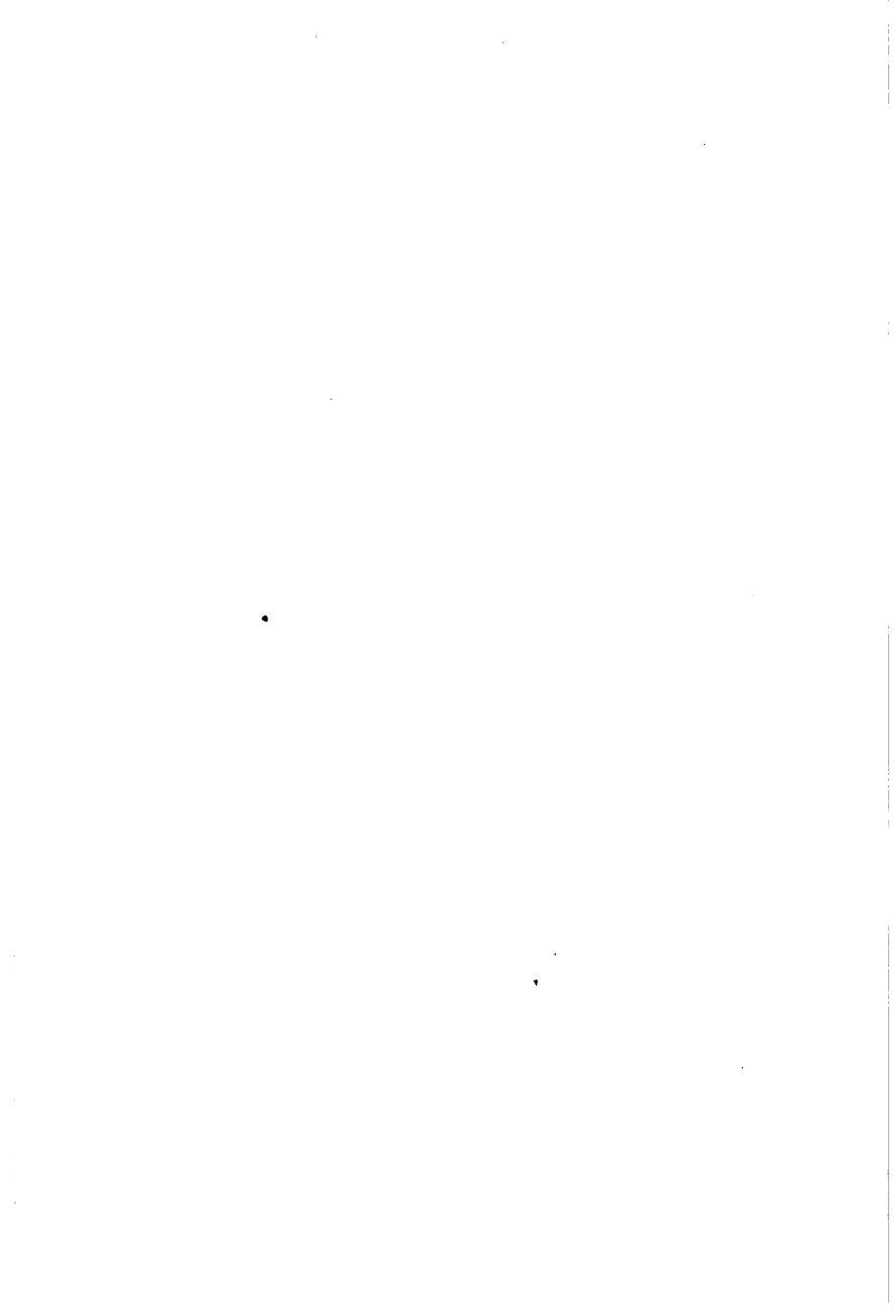
— Niño, sepa Vd. que las cosas sobrenaturales hay que admitirlas tal cual se nos ofrecen y no cabe discutir ni indagar sobre su esencia... Usted no podría hacerse cargo de la pregunta que me hace, caso de que yo pudiera satisfacerla... Sepa Vd., en cambio, que papá Noel es un personaje misterioso, encarnado en las leyendas

de miles y miles de años... Reconocido y aceptado por centenares de generaciones... Un sér que habla al espíritu...

— ¡Qué tonto, Alfonsito! Ven acá, ven, si quieres conocer el secreto de papá Noel...

— Lo conoceré; aunque *mademoiselle* Zina no lo explique. Le escribiré a papáito, allá en París.

— No. Interrogaremos mejor a mamáita, allá en el cielo...





EL ANILLO NUPCIAL

EL ANILLO NUPCIAL

(Cartas a una amiga)

A CLARITA ARAUJO.

Mi idolatrada amiga : Te veo haciendo un mohín y diciendo que el comienzo de esta carta desentona con mi conducta hacia ti. Mas, dispensa, hijita; la tardanza en escribirte no supone, ni mucho menos, enfriamiento en mi cariño.

Vivo tan alejada del mundo, que todo contacto de relación con personas carisimas que lo frecuentan, me parece una burla a la memoria de mi pobre marido, cuya falta noto de cada día más.

Si vieras lo triste, lo agobiada que estoy, me compadecerías con toda tu alma piadosa y caritativa.

En mis dos años de viudez no tuve un momento de alegría, un minuto de felicidad. La tristeza me agobia y aniquila. Tengo hoy tan

presente a mi infortunado maridito, como el día aciago en que cerró los ojos para siempre.

Sólo una cosa proporciona cierto lenitivo a mi dolor; sólo una cosa me infunde alientos para seguir luchando; ello, como tu comprenderás, es mi Pedrín de mi alma, el hijo adorado, por cuya felicidad daría mi vida entera.

Perdona querida mi escribir incoherente; mi cabeza, dominada de continuo por el aturdimiento, no acierta a hilvanar los conceptos que en ella rebullen.

Perdona, también, ya que en perdones estamos, mi laconismo. Otro día escribiré más largo y tendido.

Recibe con estas líneas muchos besos, muchísimos besos de mi parte y uno de parte de mi hijito de mi gloria.

MARUJA

Hoy, 22 febrero 1911.

A CLARITA.

Amiga mía queridísima : Mi tensión de nervios y de espíritu demoraron un día y otro día el escribirte la presente, en la que quiero dar rienda suelta a mi corazón, confiándote una cosa que te va a sorprender de verdad.

No acierto a empezar... No se cómo decirte... (Perdona los tachones).

Sólo el ser tú mi mejor amiga me anima a abrirte el cofrecillo de mis secretos... En mi alejamiento del mundo y de la sociedad, ya sabes que no visitaba a nadie más que a la anciana marquesa del Romeral.

En una de esas visitas me fué presentado el conde de Alfangar... Se me imagina verte leyendo curiosa, a toda prisa, lo que sigue. No quiero impacientarte.

Prosigo.

El conde es lo que se llama un completo *gentleman*. Cuenta unos 50 años; tiene el pelo y la barba rubios, ¡sin nada de agua oxigenada, no vayas a creerte!

Es un gran *causer*; galante y exquisito en sus maneras e... hija de mi alma, me ruborizo al estamparlo... posee a la maravilla el arte de conquistar el corazón femenino... ¡Su seducción es irresistible!

Lo conocí una tarde, al morir el crepúsculo. En el salón reinaba una penumbra misteriosa. Mi hijo Pedrín, animado quizás por la semiobscuridad, salió de su etiquetera, forzada inmovilidad, y empezó a saltar de butaca en butaca.

El conde lo llamó y se lo encaramó sobre las rodillas. Al encender las lámparas alumbróse el cuadro que te describo, produciéndome un efecto que penetró en lo más hondo de mi alma.

Pedrín, animado por las palabras y caricias

del conde, ensortijaba sus dedos con la rizosa barba rubia, mientras que Alfangar miraba a mi pequeño con ese aire de inefable ternura de los hombres que llegan al dintel de la vejez, sin probar las caricias de los niños.

Yo no dejaba de contemplar con éxtasis aquel grupo. De súbito, por cierta intuición que aun hoy mismo no me acierto a explicar, se me apareció el espectáculo tristísimo de un niño que se educa sin padre. A esa impresión siguió una mirada elocuente, dirigida al conde, mirada que fué inmediatamente comprendida y contestada.

Una lágrima deslizóse por mis mejillas. Entonces el conde, emocionado, posó un largo beso sobre la frente de Pedrín y esa caricia parecióme sentirla repercutir sobre mis ojos humedecidos.

Excuso seguir con minucias. Tu perspicacia añadirá lo que omito, para no hacer tan pesada esta carta.

Al primer momento de recibir la formal petición de mano, todo en mí se rebeló ante el ultraje a mi difunto marido; luego, al reproducirse en mi imaginación la escena en que Pedrín, sentado sobre las rodillas del conde, acariciaba los rizos de su barba, sentí cierta disculpa...

¡Qué feliz parecía Alfangar junto a mi hijito!
¡Cómo expresaba su cariño al huerfanito!

Vino después esta reflexión: ¿Quién sabe? ¿quién sabe, si desde el otro mundo mi pobre maridito aprobaba la adopción de Pedrín por el conde, quien podría reemplazarle, dirigirle en la vida, hasta que llegara a ser un hombre?

Ya te lo dije todo, queridísima amiga.

Mi gusto hubiera sido, al comunicarte este episodio, tenerte a mi lado para contarte mil y mil detalles que se escapan a la pluma, y hacer mayor mi contento con tu presencia.

¡Ah! Se me olvidaba : la fecha de la boda está señalada para dentro de quince días. Nada de publicidad ni boato. Mi difunto no me lo perdonaría.

Aquí mismo, sobre el *secrétaire* donde te escribo, brilla la sortija de bodas : un zafiro rodeado de brillantes, de un gusto ultra-exquisito.

Me llama mi hijito de mi alma y cierro de prisa la presente, no sin antes enviarte con ella miles de besos y abrazos y cuanto quieras de tu amiga

MARUJA.

Hoy, 10 mayo 1911.

A CLARITA.

Amiga mía del alma : Me consta por experiencia que cuando la gente menos sabe, más murmura : de aquí el que te refiera de *pe a pa*

lo ocurrido entre yo y el conde, aunque me tachés de loca.

La víspera de la boda me retiré temprano a mis habitaciones, presa de fuerte jaqueca. Curiosa, abrí el estuche de la sortija nupcial para admirar una vez más su buen gusto y riqueza.

Quise ponérmela y contemplarla aislada de mis demás sortijas, que eran otros tantos recuerdos de mi pasada vida conyugal; pero juzga de mi asombro, cuando tras de mirar junto a la lámpara los cambiantes de su pedrería, intenté sacarla y guardarla de nuevo dentro el estuche, y ví que no salía; la falange de mi dedo, cual si se hubiera hinchado, obstruía el paso de la sortija. Parecía que un poder sobrenatural me obligaba a retenerla para siempre en mi dedo.

Senti como un frío intenso que recorría todo mi cuerpo, haciendo castañetear mis dientes en un temblor nervioso, mientras la sangre se agolpaba en mi rostro, sofocándome.

Fuí presa de un síncope; mis piernas flaquearon; el pavimento parecía hundirse bajo mis pies.

Me desmayé.

No puedo precisarte, amiga mía, el tiempo que duró mi desvanecimiento, ni tampoco lo que me ocurrió entonces. Una voz del otro mundo habló a mi oído misteriosamente, re-

cordándome la fidelidad jurada a mi difunto marido.

Me levanté bruscamente; arranqué de un tirón la sortija nupcial y la arrojé lejos de mí, cual si fuese un objeto maldito, la prueba patente de un crimen.

Al día siguiente, muy de mañanita, remití al conde su sortija, encerrándome en casa con orden de no recibir a nadie.

Pedrin no se aparta un momento de mis brazos, besándome y sollozando a un tiempo.

Hoy mismo marché al extranjero, de donde te tendré al corriente de mi nueva vida.

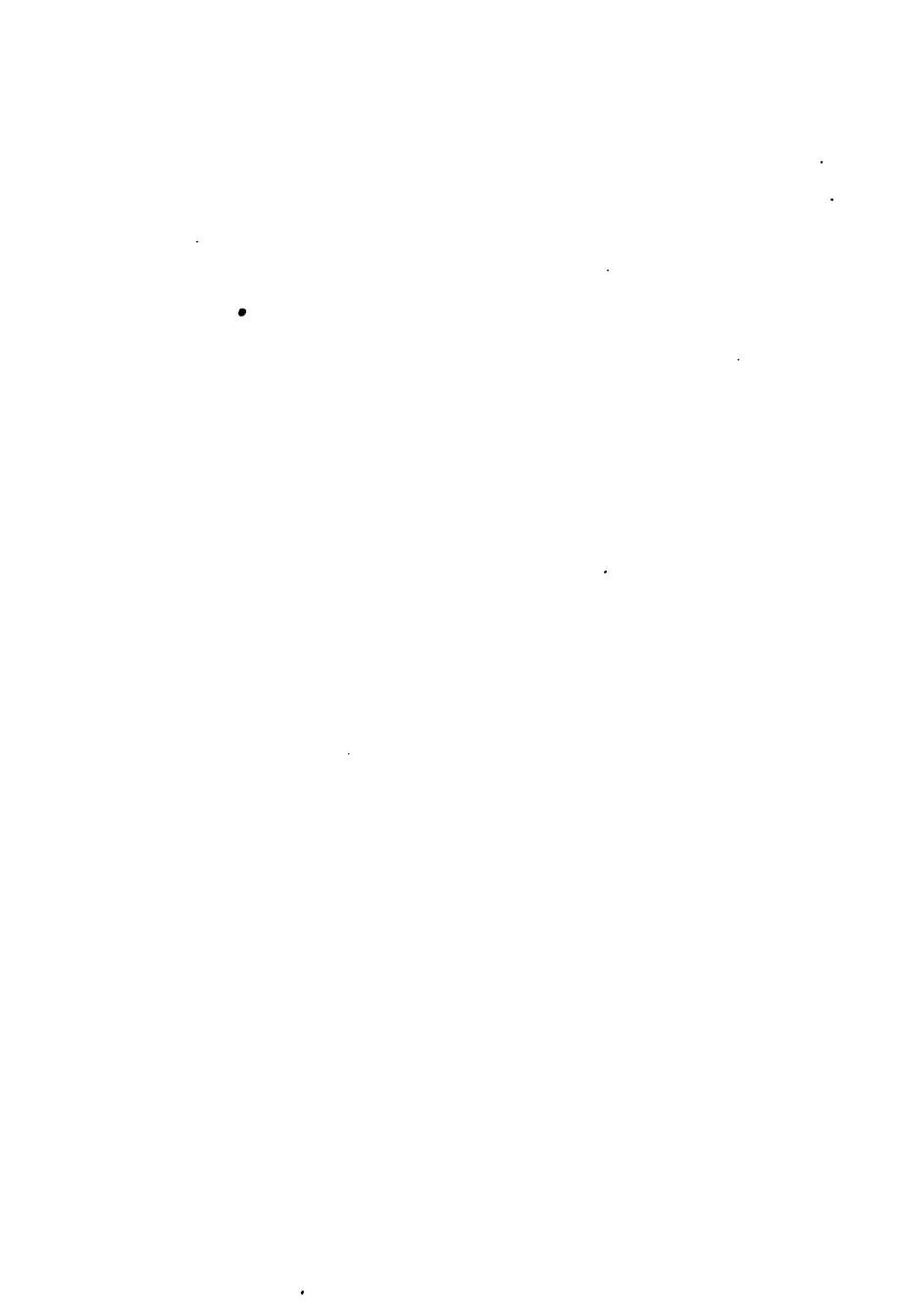
Necesito respirar otro aire; ver otra luz.

Perdóname las molestias que te ocasione con mis cartas, las que te prometo recibirás con harta frecuencia.

Compadéceme y quiéreme mucho, cual te quiere tu siempre amiga del alma, que es tan desgraciada.

MARUJA

Hoy, 15 junio 1911.





JURAMENTOS

JURAMENTOS

Elena y Mercedes se querían entrañablemente.

Elena : la niña de negros ojos y negra cabellera.

Mercedes : la niña de ojos azules y rubios cabellos.

Elena : la niña de imaginación ardiente y pasional.

Mercedes : la niña de alma dulce y sensitiva.

¡Cómo gozaban las Madres del Colegio viéndolas corretear, enlazadas, la mano con la mano, apoyada la cabecita negra sobre la cabecita rubia, por los tortuosos senderos del jardín...!

Era un portento de cariño puro y precoz.

No podían estar un solo momento la una sin la otra, y cuando llegaba el tiempo de las vacaciones — ¡el tiempo temido! ¡el tiempo odiado! — se las veía tristes, con una tristeza intensa, despedirse a todas horas, a todos momentos, diciéndose mil ternezas, haciéndose forma-

les protestas de escribirse todos los días, de recordarse a cada minuto, de no olvidarse nunca. ¡Nunca!

Un día, a la hora del recreo, llegó Elena presa de angustia, con gran sobresalto, y echándose al cuello de Mercedes, la dijo :

— ¿Sabes? Julita, Julita que apenas ha pasado a la clase primera, ya tiene novio.

— ¿Tiene novio? — murmuró Mercedes, cual si hablara de la cosa más vaga del mundo, de la cosa más baladí.

— Sí, tiene novio. La Madre inspectora le encontró unas cartas dentro de su pupitre.

— ¡Unas cartas...!

— Sí; unas cartas escritas por el novio. Tú nunca tendrás novio; tú no puedes querer sinó a mí ¿verdad?

— ¡Claro! A tí, a tí siempre, sólo a tí.

— ¿Me lo juras?

— Te lo juro.

— Juremos las dos.

Y sellaron el juramento con un largo y prolongado beso, en el que depositaron toda la delirante ternura de sus almas vírgenes.

Han llegado los días de vacaciones — ¡el tiempo temido! ¡el tiempo odiado!

Elena, apoyada en su *secrétaire*, da vueltas y más vueltas al marfileño mango de su pluma y por fin, tras de mucho titubear, escribe lo siguiente :

«Merceditas : no te ofendas, perdona mi consecuencia en gracia a mi franca declaración. Ya ves, podría habértelo ocultado, pero para tí no tengo secretos; perdóname, te quiero con el alma entera, igual que antes, y, como tú no eres egoísta, te ruego dejes compartir mi cariño con otra persona. Tengo novio.»

* * *

Atardecía. El disco del sol se sumergía en el mar, tiñendo con reflejos de grana la espuma de las olas que se estrellaban al pie de la «Villa», en cuya terraza permanecíamos tiempo hacía, Maruja y yo, sin decirnos una palabra, en un mutismo que nos impusiera la misteriosa voluptuosidad del crepúsculo. Los dos callábamos, callábamos y nuestras miradas se cruzaban penetrando acariciadoras, enervantes, hasta el fondo del alma.

De pronto, y como respondiendo a un diálogo interno, balbuceó María, quedo, muy quedito, a mi oído : — ¿Verdad que me amarás siempre?

— Sí. ¡Siempre! — le contesté muy bajito, temeroso de interrumpir aquel delicioso silencio.

— ¿Y no amarás a ninguna otra mujer?

— No. ¡Nunca! ¡Jamás! Y tú ¿podrás amar a otro hombre?

— ¡A otro! No; te lo juro por mi vida.

Estuve ausente un año escaso. Una tarde, un amigo, un buen amigo, y yo, contemplábamos desde el balcón del hotel el crepúsculo esfumado, sucio y triste de la inmensa urbe y dijome mi buen amigo, entre mil cosas indiferentes : — ¡Chico! Se me olvidaba. Noticia para tí de sensación. ¡Maruja se ha casado...!



Pedro y Solita eran un matrimonio creado para la felicidad.

Helos ahí, sentados el uno junto al otro, pero muy juntitos, en las doradas sillas Luis XV que se tocan una a otra.

Acababan de paladear, a pequeños sorbos, cual pajaritos, el aromático café, intercalando entre sorbo y sorbo tiernas caricias y risitas nerviosas.

La reducida y coquetona habitación estaba envuelta en la tenue gasa que producían el humo del cigarro y el humo del café, en conjunción. La luz velada y misteriosa de una tarde de crudo invierno se reflejaba con mortecinos destellos en los dorados y lucientes muebles, y un débil rayo iba a quebrarse en el rostro expresivo, seductor, de Solita.

Pedro la contemplaba extasiado, embebido. Solita *se dejaba querer*.

Ella callaba, callaba, mirándole sin cesar un momento.

Luego, ambos sonrieron dulcemente, con una de esas sonrisas que encierran a un tiempo mismo un mundo de caricias y un sin fin de promesas.

De pronto, Solita saltó al cuello de Pedro y le dijo :

— ¿A que no aciertas en qué estaba pensando?

— ¿Tú? — repuso Pedro — ¡Es bien fácil de adivinar! En tu maridito.

— Acertaste... Estaba pensando en que no debe ser posible el que nos separemos nunca. Yo quiero estar siempre contigo. ¡Siempre!

— Nena mía; estabas pensando en unas cosas, en unas cosas así... un poco absurdas...

— ¡Absurdas!...

Un gran descontento, un malestar nervioso, una preocupación indefinible cruzaron en tropel por el rostro expresivo, seductor, de Solita, mas, como en ella las cosas serias, los pensamientos tristes y las escenas desagradables duraban menos que lo que dura un minuto, pronto volvió a sonreír mientras murmuraba al oído de su marido : — ¿Con que algún día podemos separarnos? ¿Con que no es posible estar siempre juntitos?

— Vé, mujercita mía; por mí no hemos de separarnos nunca, ¿oyes bien? : ¡Nunca!

— ¿Entonces?

— Pueden separarnos...

— ¿Quién?

— La muerte. ¿Quién había de ser?

— ¡Oh! ¡La muerte! Tienes razón. Pero la muerte respeta las almas jóvenes.

— No, nenita. La muerte no respeta a nadie... ¿Quién sabe si mañana me arrancará de tu lado para dejar sitio a otro...?

— ¡Oh! ¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡No será! — gritó, más que habló Solita, mientras le estrechaba con su mano convulsa — ¡No será! Antes que casarme yo con otro hombre, morir, morir, mil veces ¡Te lo juro! Te lo juro por nuestro amor, ante Dios.

Sucedió... lo corriente, lo natural : un día, entre una función de teatro y una cena a última hora, en el Restaurant — con su mujercita siempre — Pedro cogió una pulmonía que lo despa-chó para el otro barrio.

Fué una escena desgarradora. No podían consolarla por modo alguno. Sus ojos se arrasaban de lágrimas. Quedó anonada, sumida en una crisis de suprema desesperación.

Finió el crudo invierno; tornó espléndida cual nunca la primavera. Solita sentada en su saloncito de muebles lucientes, dorados, ligeros, puro estilo Luis XV, hojea una guía Baedeker para trazar el itinerario de su nuevo viaje de novios...!



LAS MEMORIAS DE D. JUAN



LAS MEMORIAS DE DON JUAN

Federico era un cultivador ferviente de la amistad; un fanático del trato expansivo; un idólatra del vínculo social.

Estas circunstancias, bien patentes y manifiestas, hacían contraste con la malquerencia, con la antipatía que demostrara Federico en toda ocasión hacia el escritor don Juan del Valle, ante el autor de la «Filosofía de la amistad».

Esa antipatía era rotunda, inexorable, hasta llegar al odio más recalcitrante : ello pude comprobarlo más de una vez, y de ahí mi extrañeza al recibir la visita de Federico y expresarme éste su deseo de que le ayudara en la tarea de buscar la manera de reparar públicamente la malquerencia con que envolvió siempre el nombre y la memoria de don Juan del Valle.

Ante tal manifestación creí que Federico se

encontraba perturbado por una momentánea sobreexcitación sentimental, o que venía haciendo alarde de la más refinada ironía.

Fuera de ello lo que fuese, le contesté con un gesto de indiferencia, al paso que dejaba deslizar excéptica sonrisa.

A esta actitud contestó Federico decidido y vehemente, diciéndome :

— Chico; no te chancees. Te hablo con toda sinceridad. Necesito satisfacer una deuda de honor, una deuda sagrada que tengo pendiente con don Juan del Valle, con ese hombre cuya bondad no reconoció límites, con ese hombre respecto de quien mi padre se fué al otro mundo en equívoco concepto.

A cada palabra de Federico, se agrandaba más y más mi curiosidad y mi asombro.

— Atiende y comprenderás — me dijo mi amigo, mientras tomaba asiento y sacaba un montón de papeles de su bolsillo interior. — Rogelio, el hijo del editor de la «Filosofía de la amistad», me vió esta mañana y dirigiéndose resueltamente a mi encuentro, me expresó que en la rebusca de originales hecha en casa de don Juan del Valle habían dado con una correspondencia, especie de *Diario* íntimo, en la cual existían no pocas páginas que hacían referencia a mis padres.

Ávidamente pregunté a Rogelio si pensaba editar ese *Diario*, a lo cual me contestó que el

género obsede a los franceses, pero que aquí, en España, no había entrado todavía; que el editor que lanzara algo parecido a la correspondencia de Flaubert, a las cartas de Musset, de Lamartine o de Merimée, demostraría ser un perfecto manirroto.

Ante tales explicaciones demandé a Rogelio si quería facilitarme esa correspondencia o diario íntimo de don Juan del Valle, manifestándome aquél que la tenía a mi disposición.

Acepté la oferta y en aquel punto mismo marché con Rogelio a recoger tan interesantes papeles.

— Ya comprenderás que una vez en posesión de las cartas aludidas, no pude resistir a la tentación que me espoleaba, obligándome a leerlas en seguida, y así lo hice, ansiando saber qué era lo que decía don Juan sobre mis padres, a la par que conocer al desnudo el corazón del hombre a quien todos tenían por un ingenio y yo había aprendido a considerar como un malvado.

— ¿Y bien? — insinué.

— ¿Y bien? — Vas a saberlo. Aquí tienes los manuscritos. Atiende — expresó, mientras ordenaba los papeles. — Atiende, que vas a conocer la síntesis de ese *Diario íntimo*.

Y leyó así : 1875 — 4 agosto. — Impresión decisiva la de hoy. María es una criatura ideal. Me siento feliz ante la perspectiva de frecuen-

tar su trato. ¡Qué bonita es! Tiene quince años justos. Yo la llevo dos de ventaja. ¡Bien! Esto me da sobre ella cierta superioridad. Siento una alegría inmensa pensando que quizás pueda ser mi prometida. Rebose de tal satisfacción, que no puedo menos de hacer partícipe de ella a mi amigo, a mi excelente amigo Federico. Voy en su busca. ¡Viva la vida!

3 septiembre. — Estoy satisfecho de mi proceder. Hice la presentación de Federico a la divina María. La impresión que causó mi amigo fué profunda; ello no escapó a mis ojos, ni mucho menos a mi corazón. Le ha sido simpático. No podía ser de menos. Federico es un chico agradabilísimo. En cambio María no causó gran impresión al amigo, pues Federico me habló de ella en tono indiferente, casi con menosprecio. Lo siento y lo celebro a un tiempo.

5 octubre. — He pasado unas horas deliciosas con María y Federico. Al salir de casa de mi adorada, Federico me cogió del brazo, acompañándome a pie hasta la mía. Andábamos deprisa. Federico disertaba elocuentemente sobre mil temas, siguiendo mis aficiones de escritor incipiente. ¡Cómo estaba de expresivo y sentimental! Parecía declamar a las estrellas, mejor que hablar conmigo. Decía: « Sí, sí. Siéntome pletórico de talento y de energías. Soy pobre. Soy casi un desconocido. Pero no importa. Ya vendrá, ya vendrá la riqueza, la fama,

la felicidad. Hay que ser fuertes, hay que ser osados, para que nos mime la fortuna». Yo también vagaba por los espacios de la quimera: Veía mi nombre esparcido por la fama de las letras de molde; mi retrato llenando las primeras planas de los periódicos, imponía mi personalidad al mundo entero. Era mimado y considerado por Reyes y Príncipes, y María compartía conmigo ese chorro de gloria fecunda. De pronto bajé de los quintos cielos. Fué una sacudida terrible. Federico hablaba en voz alta y decía así: «María; mi María del alma será quien habrá de llevarme a la realización de mis ensueños de gloria y de riqueza. ¡María! ¡Mi María!»

En mi estupefacción, creí un momento que Federico deliraba y hube de hacerme repetir el nombre que pronunciara.

«¡Qué quieres, chico! Amigo mío entrañable. Hermano del alma. ¡Qué quieres! No puedo ocultarte mi dicha inefable. Escucha. Esa chiquilla adorable que me hiciste conocer para mi dicha, me ama apasionadamente; ella misma me lo ha confesado».

Aun ahora al trazar esas impresiones, siento que las sienes me bullen; que se me salta el cerebro; que se me acaba la existencia. ¡No puedo más! ¡No puedo más!

30 octubre. — ¡Cuán cruel mi destino! Verme colocado entre mi amada y mi mejor amigo!

Ellos se quieren con delirio y yo experimento la dolorosa voluptuosidad de comprobarlo a cada momento.

Los padres de María se oponen a estas relaciones, y yo, ¡cosa increíble!, ¡cosa inaudita!, soy quien les sirve de intermediario. ¡Cuánto sacrificio! El dolor me va tornando insensible. María sufre también de modo cruel, pero no es por mí; es por la ruda oposición que le hacen sus padres, quienes abrigan el propósito de casarla conmigo. Siempre que me quedo solo con ella, no hace más que llorar, y entre sollozo y sollozo, hacerme encargos para Federico. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

7 diciembre. — Los padres de María, ante el temor de que la pobre sucumbiese a su desesperación, han dado el consentimiento para la boda.

1876 — 2 enero. — Hoy se celebró la boda... Yo fui uno de los asistentes a la ceremonia. Un quinteto ejecutaba la marcha nupcial mientras los novios cruzaban radiantes por entre los invitados. La nave del Oratorio retumbaba en un clamor de alegría... Dos lágrimas me hicieron traición. No puedo continuar. El llanto nubla mis ojos.

1883 — 8 marzo. — Desde que vivo en plena Naturaleza, entregado a mis estudios y a gozar la emoción que produce el enternecimiento lírico, un sólo deseo me tortura. Ver a María y Federico.

15 marzo. — Por fin me decedí. He visitado a mis antiguos amigos. Creí hallarles felices y dichosos, gozando las comodidades y refinamientos que su posición les permite. Creí encontrarme un hogar feliz. ¡Qué desencanto! ¡Qué desilusión! María estaba joven y bella, en la plenitud de belleza que da la maternidad. Me recibió sonriente; mas sus ojos no pudieron disimular una profunda tristeza.

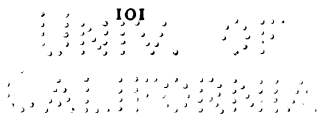
Federico no estaba en casa. Habíase marchado con varios amigos para un viaje de placer.

Conoci al hijo de mis amigos, Federiquín.

Al presentármelo María, dijóle que me quisiera y respetara cual si fuese su padre. Federiquín me miró de soslayo y desapareció.

María me ha hecho una súplica. Me imploró con lágrimas en los ojos que tratara de atraer al hogar a su marido, invocando nuestra antigua y leal amistad y también la amistad y cariño que ella había sentido por mí. Esta sincera confesión me llenó de dicha, y marché al punto en busca de Federico, dispuesto a catequizarle.

30 marzo. — Es indigno. Mi entrevista con Federico resultó de todo punto infructuosa. Hasta creyó que mis súplicas eran interesadas. ¡Qué poco comprende la pureza de mis intenciones y de mis obras! Estoy desolado. No cesaré en mi empeño. Federico entrará en razón o yo poco he de poder.



14 abril. — ¡Primavera! La musa de los poetas chirles, el hada buena de los enfermos. ¡Qué contraste! Con la entrada de la Primavera coincide la salida de Federico para el otro mundo. ¡Dios le tenga con él! ¡Pobre amigo mío! Ahora renacerá la paz y la tranquilidad en ese hogar de desdichas. Yo marchó al campo a ponerme en íntima comuni3n con la Madre-Naturaleza y a terminar mi libro la «Filosofía de la amistad».

.
Aquí dejó caer Federico los amarillentos papeles y quedóse en actitud meditativa, cual si viera desfilar ante sus ojos, en Kaleidoscopio, hechos y cosas que le resucitaban todo un pasado, tan equívoco hasta entonces para él.

La pausa fué bastante prolongada, hasta que Federico puso fin a ella con estas palabras :

— ¿Comprendes ahora, amigo mío, lo eficaz de mi petici3n?

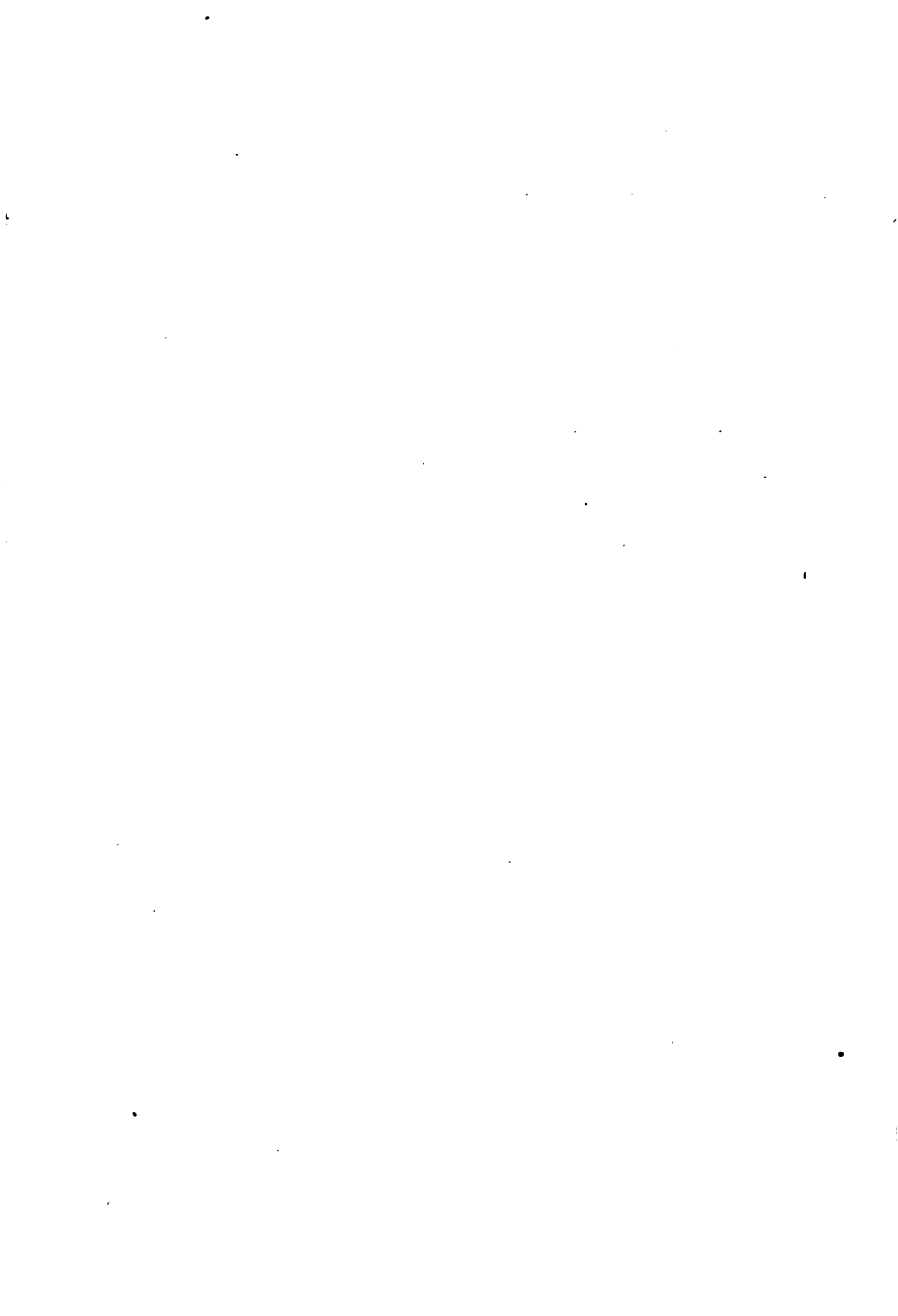
— Sí, chico; lo comprendo perfectamente. La reparaci3n debe ser pública y cumplida.

— Tal la deseo.

— Pues ya la tengo. Edita ese *Diario* íntimo y repártelo profusamente. Recoje todas las cuartillas, acóplalas bajo el título de las «Memorias de don Juan del Valle» y escribe tu mismo un prólogo.



LA "NOEL"



LA "NOEL"

Jamás me había sentido tan solitario, tan aislado, como en aquella víspera de Navidad transcurrida en París.

¡Cómo acudían a mi memoria los recuerdos de otras Navidades pasadas en la paz provinciana, al calor de los míos!

La esperanza de encontrarme algún amigo, haciame vagar entre la multitud que alocada entra y salía de las tiendas de comestibles.

Cual chiquillo hambriento, dióme por detenerme ante los escaparates resplandecientes de luz y rebosando apetitosas viandas, las que en nada acicateaban mi deseo.

No era la gula la que me espoleaba. Lo que sentía en aquellos momentos era hambre de cariño; necesidad de personas con quienes compartir cordialmente los goces peculiares de la fiesta más efusiva de cuantas celebra la cristiandad.

El ronco sonar de la bocina de un auto que

había parado rozándome casi, y el penetrante perfume de una damisela que del coche descendiera, obligáronme a volver la vista, encontrándome cara a cara con la afamada contralto la Noel.

Al reparar en mí, parlanchina y alegre cual siempre, díjome la artista :

— ¿Qué haces ahí parado, con ese frío que pela? ¡Ah! Ya caigo. Escoger suculencias y golosinas. Muy bien, chico. ¡Muy requetebien! Para ti es el mundo. ¡Excelso sibarita! Tunantón. Buenas Navidades nos pasaremos, ¿verdad que sí? ¡Esa, esa es la vida!

Tal aluvión de palabras expresivas de tan erróneas conjeturas, dejóme mudo y parado.

— Ea, amigo; no te hagas el párvulo — repuso seguidamente la artista, desgranando su risa cristalina — ello es muy natural. ¡Pues no que nó! ¡A vivir, chico! ¡A vivir!

Repuesto de mi aturdimiento, repliqué :

— ¡Qué equivocada estás! ¡Si tú supieras!

— ¿Ah, sí? ¿No viniste en son de aprovisionamiento?

— No, chica, no. Me ves aquí, como podrías verme ante un cuadro del Museo; sin obción a llevarme nada de lo que miro.

— ¡Cuánto, cuánto me alegro! ¿Quiéres hacer *reveillon* con nosotros? Todos artistas e intelectuales ¿sabes? A mi mesa no se sienta ningún filisteo.

— ¡Encantado, chica! Encantado.

.....
La cena había transcurrido en medio de la animación y cordialidad propias de la Nochebuena.

La conversación versó sobre mil temas, interesantes y frívolos, pero todos ellos expuestos con ingenio y donaire, matizándolos de tal que otra anécdota picante.

.....
— En tal noche como ésta — explicó Monna, la gentil danzarina — obtuve uno de mis mayores éxitos... de dinero. Es curioso el episodio; vais a ver: Un *chasseur* del Casino penetra en mi camerino entregándome una contrata por la que me comprometía a bailar ante unos rusos, después de la cena, y precisamente sobre los blancos manteles de una mesa. La proposición me sedujo por lo extravagante y dejando sin llenar la cifra del contrato, hice indicar mi conformidad.

Cenamos alegremente en un restaurant de Montmartre, y tras la cena vino el baile y tras del baile una lluvia de monedas de oro que dejó exhaustos los bolsillos de aquellos súbditos del Zar, cuya prodigalidad hizome creer serian tres grandes duques, por lo menos.

Y ahora viene lo curioso del caso.

Al día siguiente leí en el *Journal* que tres rusos que habitaban hacía pocos días un miserable

cuarto detrás de Val-de-Grâce, se habían suicidado dejando abiertas las llaves del gas; y que tan extrema determinación la realizaron después de pasarse alegremente la Nochebuena en un restaurant de Montmartre, donde dejaron su última moneda en manos de una célebre danzarina.

— Curioso y original — comentó Borgère, la reina del couplet. — También una Nochebuena me sucedió un caso, único en mi vida de teatro.

Después que hube cantado varias canciones de Privas, noté que en las primeras butacas había un palurdo que lloraba a lágrima viva. Ello me enterneció, y confirmé una vez más que bien ganado tenía Javier el título de príncipe de los cancionistas parisinos.

¡Cómo sabía herir el alma sentimental de la gente del pueblo!

Luego que la función hubo terminado, supe por el *regisseur* que un pobre diablo, primero a viva fuerza, y llorando después amargamente, habíase presentado a reclamar el importe de su butaca, pues no era aquél el espectáculo que anhelara presenciar.

Una risa general coreó el relato de Borgère, la gentil.

.

— Yo detesto el *sport*, pues ahoga el amor — dijo la espiritual De Vere.

— No lo creas — repuso un afamado y atlético.

tico barítono. — Todas mis conquistas amorosas, las debo mejor a mi fuerza que a mi arte.

.
— ¡Qué ricos solitarios, querida Wanda! Te felicito por su adquisición. No te los conocía — dijo la Noel a Wanda la adorable, a Wanda la tiple mimada de la *Ópera Cómica*.

— Estos brillantes — repuso la aludida — encierran una historia triste, desgarradora.

Me parece que en sus facetas algo gime y algo llora.

— ¡La pobrecita Jorgette! La Jorgette del *Olimpia*. Todos la conocéis.

¡Era inevitable!

Había oído hablar de Fagette la Bonita, de aquella linda Tanagra que ceñía su cuerpo por un *Bolero* avaluado en millón y medio de francos; sabía que Monna Delza gasta en vestirse más de doscientos mil; que Zina Brozia invierte anualmente en su *toilette*, por lo menos, cien mil francos.

Y, ¡claro está! Joven y bonita, seductora y perversa, no quiso ser menos y derrochó locamente cien veces más de lo que podían darla el teatro y el amor; hasta verse envuelta en un proceso, por no sé que falsificaciones y estafas.

Sus joyas y atavíos: todo aquel tesoro, toda aquella suntuosidad, fueron a parar al Hotel de Ventas, en cuya subasta adquirí estos solitarios.

¡Pobre! ¡Pobrecilla Jorgette!

La evocación de aquel despojo judicial nimbó de melancolía nuestras almas, un tanto sensibles.

Reinó un silencio trágico, que vino a interrumpir grotescamente el lastimero maullido de un angora — el gato mimado de la Noel — al que había tropezado uno de los sirvientes.

Deseoso de reanudar la disipada alegría, me agarré al incidente, recordando una anécdota de Emilio Augier.

— Érase, señores — expresé — en un baile de máscaras, donde el autor dramático espiritual oyó que una linda muchacha decía : — «Yo doy mi lengua al gato».

Augier puso por todo comentario a lo dicho por la mascarita, un dulce ¡*Miau!*

— «¿Decía usted, caballero?» — interrogó la bella.

— «Nada, señorita; únicamente hice ¡*Miau!*»

El ingenio de Emilio Augier fué celebrado por todos, y con ello conseguí renaciera la expansión y el buen humor.

.
— La elegancia no se improvisa. Véase, sino, lo *chic* de ese nido, labrado brizna a brizna por nuestra admirada Noel, maestra en arte, como en elegancias — indicó un filósofo evolucionista.

— Eso sí que no pasa sin protesta, amigo mío — repuso rápida la Noel. — Mi elegancia,

si alguna tengo, es bien improvisada. Mi humilde origen no permite elegancias de abolengo.

— ¡Pura modestia! ¡¡Su origen!! — indicó Franz, el compositor.

— ¡¡ Mi origen !! — protestó la Noel — ¿ Es qué acaso usted lo conoce? — terminó, insinuante, la artista.

— Cuando se llega adonde usted ha llegado, no se quiere saber de donde viene uno...

— ¡Alto ahí! Es que yo tengo a mucha honra el que se sepa de donde vine y como llegué... Bebamos otra copa de champaña y atiendan luego.

Mi madre era viuda y ejercía de portera en una humilde casa de Batignolles, y mi único hermano se las arreglaba como podía, vagando por el centro de París, mientras que yo hacía labores y soltaba trinos y gorgoritos.

Aquel, nuestro vivir miserable, no me preocupaba. Tenía fe absoluta en que había de conquistar fama y riquezas. Yo no sabía cómo, ni de qué manera, pero me daba el corazón que había de escalar la gloria.

Un atardecer de Diciembre mi hermano salió de casa en pos de algunas monedas con que conmemorar la Nochebuena, y en su andar apresurado, pronto llegó a los grandes bulevares, que rebosaban bullicio y estrépito.

Al encontrarse en los Italianos notó que una elegante señora llevaba atado un perrito, cu-

bierto por confortable manta, y, ni corto ni perezoso, arrió un fósforo al cordón de seda, sin que la dama reparase en tal fechoría, quedando el perrito en libertad.

Cogió mi hermano al chucho y se lo presentó en brazos a su dueña, diciéndola que el perro había emprendido veloz carrera, bulevar abajo.

La señora, agradecida a tan singular servicio, recompensó a mi hermanito, dándole un franco, moneda que el chico invirtió en violetas de Niza.

Una vez las flores en su poder, ya tuvo seguridad el pobre de que habíamos de regalarnos el estómago, por lo menos, con un pato y con vinillo de Burdeos.

Caminando y cavilando, encontróse el chico frente por frente de *Marigny*. Ello le recordó que desde hacía una semana no se hablaba más que del debut, en el teatro de los Campos Elíseos, de una artista que acaparaba la atención del *todo París*.

Mientras el chico se hallaba embebido en tales cavilaciones, bajó de un auto, frente a *Marigny*, elegantísima dama, cuyo retrato figuraba en los carteles del teatro.

Mi hermanito se situó de un salto junto a la recién llegada, y en ella reconoció a la artista famosa.

— ¡Toma! Si es la Doujou... — exclamó el chico.

Y lo dijo seguramente con una gracia tal, que

la artista, encantada, se detuvo. El muchacho se quitó la gorra e hizo una gran reverencia, mientras alargaba a la dama un ramo de violetas.

— Quédesele, señorita. Esas violetas son amuleto infalible. ¡ Ya verá! ¡ Ya verá!

— Tiene gracia el chiquillo — repuso la artista — ¿ A qué te dedicas, niño?

— A todo lo que sale — contestó el rapaz.

— Y ¿ me conoces?

— ¡ Ya lo creo! ¡ Pues no es usted poco célebre! Yo no la vi trabajar, pero la digo que tendría un gran placer en aplaudirla.

La artista quedó un momento perpleja, expresando luego :

— Pues mira. Vente esta noche al teatro, te proporcionaré una entrada y luego hablaremos. Ahí va mi tarjeta y ahí va esa moneda, en cambio de tus violetas. Veremos si me traen suerte.

La Doujou desapareció, penetrando en el teatro. Mi hermanito miró curioso la moneda, que resultó ser un luis.

No quieran saber el jolgorio que se armó en casa al llegar el chico cargado de vituallas y de golosinas.

Después de una cena que nos pareció opípara, fuimos a *Marigny*, donde la Doujou nos proporcionó localidades.

Aquella noche empezó mi carrera artística, gracias al buen corazón de la Doujou, quien sintió en mi a la futura artista.

Ahí tienen ustedes explicado mi origen y también el por qué he adoptado el nombre de la Noel.

Y ahora, señores, que nos sirvan más champaña y ¡Viva la Nochebuena!

ÍNDICE

	Págs.
A manera de prólogo	9
Flirt	19
Sigurt Wangel	29
Nieves... ..	37
El retrato	47
«Camino de Mesa».. ..	57
Filosofía infantil... ..	69
El anillo nupcial.	77
Juramentos.. ..	87
Las Memorias de D. Juan	95
La «Noel»	105



OLIVA DE VILANOVA, IMPRESOR

Casanova, 169 - Teléfono 7869

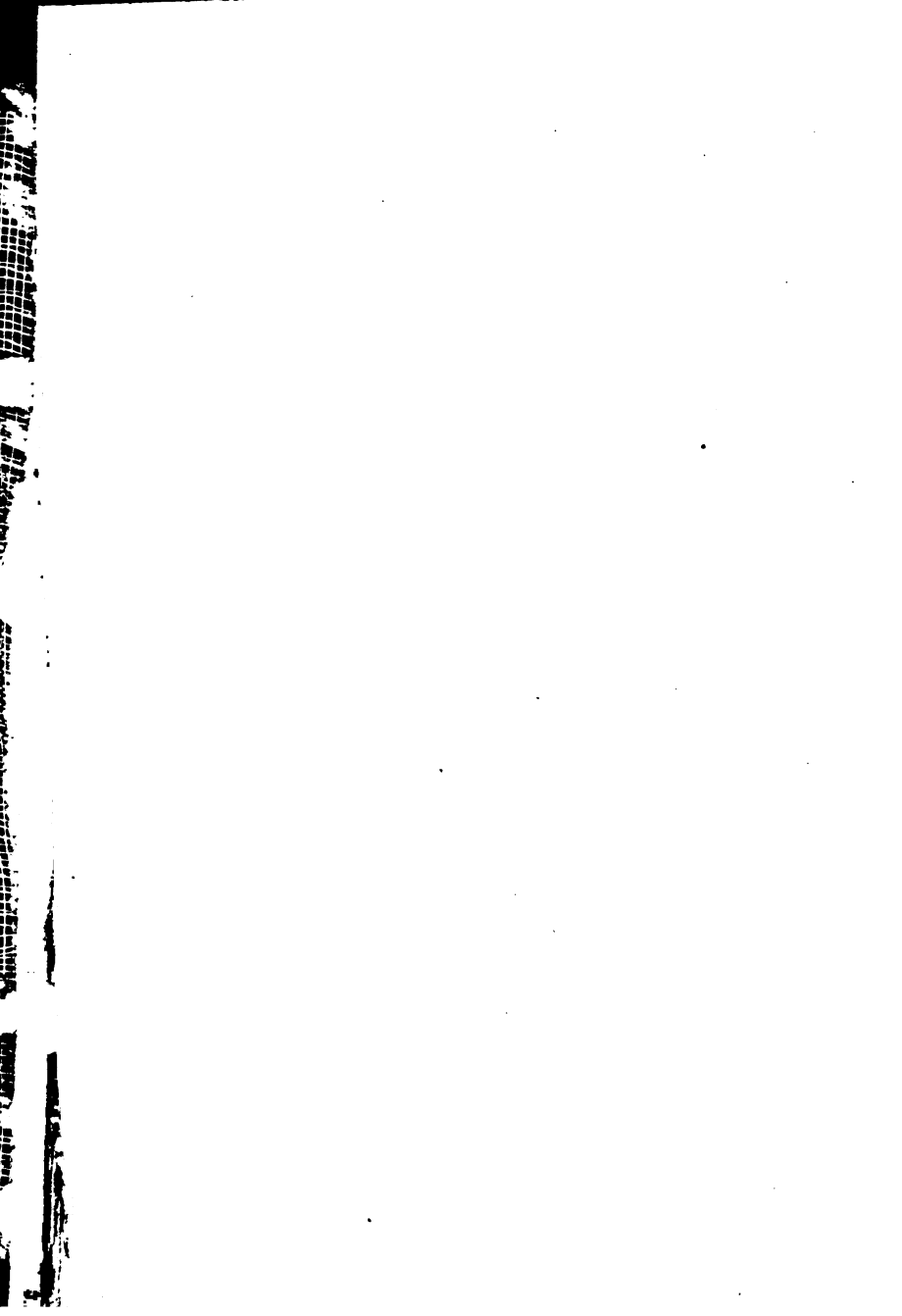
BARCELONA

OLIVA DE VILANOVA : IMPRESOR

Casanova, 160 - Teléfono 7869

BARCELONA

Precio : 2'50 ptas.



RETURN TO  **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 HOME USE	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

**RENEWALS AND RECHARGES MAY BE MADE 4 DAYS PRIOR TO DUE DATE.
LOAN PERIODS ARE 1-MONTH, 3-MONTHS, AND 1-YEAR.
RENEWALS: CALL (415) 842-3405**

DUE AS STAMPED BELOW

AUTO. DISC.		
JUL 27 1990		



U.C. BERKELEY LIBRARIES YB 46353



C003324767

